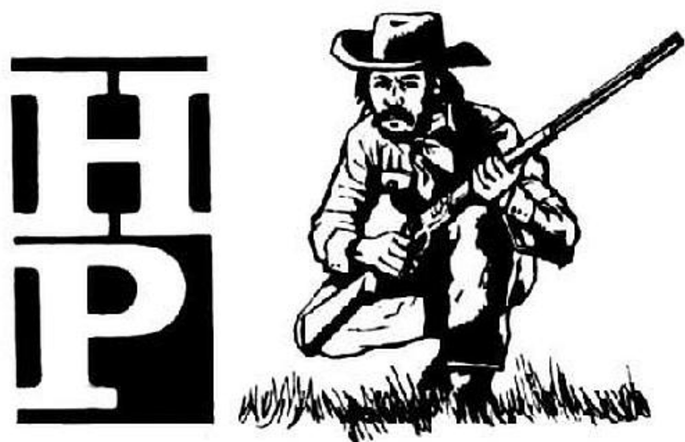


¡COMO EL HURACAN!

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.263. — La historia de Billy el Melenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.528. — Un crimen y un beso.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. — El Oeste en llamas.

En-Colección SALVAJE TEXAS:
729. — La venganza.

En Colección KANSAS:
657. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:
919. — Un caso sin importancia.

En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:
1.107. — Patrulla de combate.

En Colección COLORADO:
610.— ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
550. — La orden fue: ¡Matar!

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5. — Asesino Murray.



Keith Luger

¡COMO EL HURACAN!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 552
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 15.858 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

3.a edición: julio, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Henry Power detuvo el caballo junto a las rocas y observó un poco más allá las evoluciones de los buitres, al borde mismo de la pequeña hondonada.

Power espoleó ligeramente la montura y al acercarse pudo ver los restos de un caballo que se había abierto el vientre al estrellarse contra una roca puntiaguda:

Unas yardas a la izquierda estaba el cuerpo inmóvil del jinete, boca abajo y con un brazo extendido hacia delante.

Power descabalgó y los avechuchos levantaron un poco el vuelo, pero se mantuvieron a la expectativa. Luego, se inclinó sobre el hombre y antes de tocarlo se dio cuenta de que todavía vivía. Le dio vuelta con cuidado y se cercioró de que no presentaba herida a la vista, aunque pensó que probablemente tenía algún hueso roto.

Desenroscó el tapón de la cantimplora y consiguió hacer beber al desconocido un par de tragos. Le remojó la cabeza y a los dos minutos vio que abría los ojos y los volvía a cerrar con fuerza.

Le dejó descansar en el suelo unos minutos y se quedó junto a él observándole detenidamente.

El caído estaría por los veintiocho o treinta años, era más bien delgado, pero de fuerte constitución, anchos hombros y largas extremidades. Andaría por el metro ochenta de estatura. Tenía las facciones angulosas, correctas y de rasgos enérgicos, la piel tostada por el sol.

Llevaba un revólver a cada lado.

Abrió los ojos lentamente y observó a su alrededor.

Power sonrió para tranquilizarle.

—Hoy ha nacido usted, amigo —dijo.

—Déme un poco más de agua —pidió el desconocido.

Power le pasó un brazo por detrás de la espalda y le incorporó a medias, le dio nuevamente de beber, y entretanto dijo:

—Espero que tenga el esqueleto entero. ¿Por qué no prueba a mover las piernas?

—Déjeme descansar en el suelo —rogó el hombre, con el resuello alterado por el pequeño esfuerzo.

Power le ayudó a tenderse cuan largo era.

—Me llamo Power, Henry Power… ¿Cuál es su nombre?

El hombre alto se humedeció los labios con la lengua.

—Red Lamson.

—Bien, Lamson —Power frunció el entrecejo—. Celebro conocerle, aunque habría preferido que fuera en otras circunstancias. ¿Qué tal se siente?

Lamson se movió un poco para tantear sus propias fuerzas, pero tuvo que contener un gemido.

—Será mejor que continúe así un buen rato —aconsejó Power.

Lamson miró al hombre que se ocupaba de él.

Henry Power frisaría en los veinticinco años, era rubio, de rostro redondo y talla mediana. Tenía los ojos azules, de mirada brillante.

—Se le fue un remo al caballo —explicó Lamson—. Apoyó el casco en una roca flotante y entonces nos fuimos abajo.

—Ha tenido suerte de no deshacerse la cabeza contra esas peñas. El caballo ha quedado hecho una piltrafa.

Lamson guardó silencio.

—Es lo que tienen los atajos —continuó Power, y observó que Lamson se mordisqueaba el labio de dolor, al moverse de lado—. Apuesto a que pensó ganar dos días yendo por este lado.

Lamson asintió.

—He recorrido este camino varias veces. Ahora venía desde Amarillo a buscar la ruta.

—Yo voy en dirección parecida —contestó Power—. Me dirijo hacia la frontera de Nuevo México.

Los dos hombres guardaron silencio.

Power levantó la mirada. Las aves de rapiña esperaban la oportunidad. Sacó el revólver y apuntó al cielo.

Antes de que pudiera apretar el gatillo, sonó un estampido a sus espaldas y el arma le fue arrebatada de la mano.

Lamson y él volvieron las miradas hacia donde había procedido

el disparo. Dos tipos se acercaron a paso vivo empuñando sendos revólveres.

—Conque tirando a esas indefensas avecillas, ¿eh? —dijo el de la derecha, un tipo bajo de estatura y ancho de espaldas—. ¡Sois un par de individuos sin corazón! ¿Lo oyes, rubio?

Power parpadeó varias veces sorprendido.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó—. ¡No íbamos a dejar que incubaran sobre nuestras cabezas!

Los dos hombres que empuñaban las armas rieron casi al mismo tiempo.

—Está bien, pimpollo —dijo el rechoncho—. Pero que no vuelva a ocurrir más, ¿eh? Jim y yo somos un par de corazones tiernos. ¡No podemos ver ciertas cosas!

Power miró las bocas de los cañones con cierta aprensión.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

El que llevaba la voz cantante de la pareja señaló con el revólver humeante.

—Éste es Jim y yo Mike —sonrió—. Aunque somos mejor conocidos por el nombre de Los Buenos Samaritanos. Eso se debe a los favores que hacemos al caminante. Tenemos un alma así de grande, ¿verdad, Jim?

—Pero no tiene ningún mérito porque hemos nacido así —contestó el compañero de Mike, un zanquilargo de ropas destrozadas.

Mike se pasó un dedo bastante sucio por debajo de la nariz.

—¿Qué le ha pasado al chico? —indagó apuntando al joven del suelo.

Power no les quitaba ojo a las armas.

—Ha sufrido un accidente.

El rostro de Mike se deformó en una mueca de dolor.

—Nos lo habíamos supuesto. ¡Pobre muchacho!

—Pobre —repitió Jim—. Tiene muy mala cara.

Lamson apoyóse con una mano en el suelo y se incorporó con dificultad.

—Digan de una vez qué es lo que desean —dijo.

Mike chascó la lengua.

—Ya os hemos dicho que vamos haciendo bien por el mundo —explicó a Power.

—De momento vamos quitando peso al caminante —asintió Jim, satisfecho.

—Sí —corroboró Mike, expandiendo el pecho—. Vosotros vais muy cargados y es menester que os echemos una mano. ¡Lástima que sólo tengan un caballo! ¿Eh, Jim?

—Espero que nos den cien dólares al menos —dijo Jim—. Parece de pura sangre. Sí, creo que allá en Lubbock nos darán una cosa así. Se pagan bien.

Lamson y Power se mantuvieron en silencio.

—¡Eh, Mike! —exclamó Jim—. ¡Vaya un par de sillas! La del caballo muerto no vale mucho, pero me juego lo que quieras que entre las dos sacamos un buen pellizco.

Mike valoró a los dos hombres que les contemplaban.

—Tendréis que aflojar las bolsas, hijos. Jim y yo vivimos de la caridad de los caminantes. Los tipos que se dedican a ayudar al prójimo como nosotros han de recibir su premio. ¿No es justo?

Lamson resolló con fuerza, la vista fija en los dos salteadores.

—Otra vez será, hermano.

Mike y Jim le observaron con curiosidad.

—Hijo, si no puedes tenerte en pie —murmuró Mike—. No hables.

Jim sacudió la cabeza con simpatía.

—Tiene muy mala cara. Ya lo dije antes. Muy mala cara.

—Tendremos que darte el descanso que mereces, hijo —apuntó a Lamson—. Mira, no podemos soportar las desgracias ajenas. Tenemos que remediarlas. Es algo que nos parte el alma.

Power gritó asustado.

—¿Qué van a hacer?

—Cálmate tú también, hijo —contestó Mike sin apartar la vista de Lamson—. Este chico necesita cuidados. Mejor dicho, necesita no atormentarse más con su estado. Le vamos a enviar a mi lugar donde todos son felices.

Mike y Jim miraron un momento al cielo.

—Sí, muchacho —continuó Mike—. Vas a descansar para siempre.

—¡No lo maten! —Power se adelantó hacia la pareja de salteadores, pero frenó en seco al rozarle la bota una bala disparada por Jim.

Mike le advirtió, con el entrecejo fruncido.

—Verás cómo nos lo agradeces. El espectáculo de un hombre enfermo es terrible. No hay nada igual para destrozar los nervios.

Jim carraspeó.

—Sácale antes la cartera, Mike. No vayas a agujerear los billetes.

—Tiraré a la cabeza. Como a los pobrecitos caballos que han dejado de ser útiles.

—Bien, Mike. Empieza, que la vista se me nubla con las lágrimas.

Los dos forajidos miraron a Lamson con afecto.

Power intentó hablar, pero la impresión le quitó la voz y boqueó como un pez fuera del agua.

Mike y Jim se desposeyeron respetuosamente de los sombreros ante el hombre que consideraban muerto y apretaron los gatillos cuando Lamson movía las manos.

Sonaron varios disparos muy juntos unos de otros.

Mike y Jim vieron en el último instante algo que les sorprendió, porque de las manos de la víctima habían surgido largas lenguas de fuego, pero no tuvieron tiempo de recapacitar.

Mike recibió un plomo en plena cara y después de atravesarle las fosas nasales le salió por el cogote en un estallido de sustancias orgánicas. Jim alcanzó a ver algo de aquello, más una quemadura en el centro del pecho pareció extendérsele por todo el cuerpo y, cuando le llegó a la cabeza, le cegó haciéndole perder el equilibrio.

Lamson, totalmente erguido, observó a los dos hombres que levantaban una nube de polvo en su caída.

Power volvió la cabeza hacia él con un movimiento mecánico y abrió los ojos como platos.

—¡Lamson! ¡Están muertos! —La voz de Power tenía un tono de incredulidad—. ¿Cómo es posible?

Red Lamson separó las manos de los costados. Las armas estaban ya en sus correspondientes fundas.

—Lo estaban pidiendo a gritos —dijo.

Power se quedó sin habla ante la figura de Red Lamson, quien adoptaba una actitud de insoportable cansancio.

Entre los dos hombres pasaron raudas las sombras de las aves de rapiña.

Power suspiró con fuerza, sin poder ocultar el temblor de su

barbilla.

—Usted… ¡Usted ha hecho eso, Lamson!

Red sacudióse el polvo adherido a las ropas.

—Si tuviera un poco de licor le vendría bien atizarse un trago.

Power cambió la mirada de temor por un brillo de admiración y se acercó al hombre alto.

—No bebo nunca, Lamson. Pero le aseguro que si tuviera una botella de *whisky*, me la bebía de golpe. ¡Mi madre, si estaba ya rezando por usted!

Lamson se dirigió hacia el caballo muerto para rescatar las cosas de la silla.

—Sus oraciones han sido oídas.

Power señaló a los dos cadáveres de cara al suelo, con una expresión de desagrado.

—¿Qué hacemos con ellos, Lamson?

Red tardó un rato en contestar, entretenido en despojar al caballo.

—Espero que los encuentren los rurales —dijo—. Les alegrará saber que este par de sujetos han pasado a mejor vida.

—Seguro.

—Por lo visto su único trabajo era matar y robar a los viajeros.

—No podré olvidarlo nunca, señor Lamson. Le aseguro que no podré olvidarlo nunca.

—Debe tratar de hacerlo. El viajar le sentará bien. —Lamson se incorporó con la silla y la bolsa de viaje y descubrió los dos caballos de Jim y Mike que pacían en un pequeño manchón de hierba, a lo lejos—. ¿Adónde se dirige usted, Power?

Power recogió las bridas de su montura y echó a andar al lado de Red.

Mike y Jim miraron un momento al cielo.

—Sí, muchacho —continuó Mike—. Vas a descansar para siempre.

—¡No lo maten! —Power se adelantó hacia la pareja de salteadores, pero frenó en seco al rozarle la bota una bala disparada por Jim.

Mike le advirtió, con el entrecejo fruncido.

—Verás cómo nos lo agradeces. El espectáculo de un hombre enfermo es terrible. No hay nada igual para destrozar los nervios.

Jim carraspeó.

—Sácale antes la cartera, Mike. No vayas a agujerear los billetes.

—Tiraré a la cabeza. Como a los pobrecitos caballos que han dejado de ser útiles.

—Bien, Mike. Empieza, que la vista se me nubla con las lágrimas.

Los dos forajidos miraron a Lamson con afecto.

Power intentó hablar, pero la impresión le quitó la voz y boqueó como un pez fuera del agua.

Mike y Jim se desposeyeron respetuosamente de los sombreros ante el hombre que consideraban muerto y apretaron los gatillos cuando Lamson movía las manos.

Sonaron varios disparos muy juntos unos de otros.

Mike y Jim vieron en el último instante algo que les sorprendió, porque de las manos de la víctima habían surgido largas lenguas de fuego, pero no tuvieron tiempo de recapacitar.

Mike recibió un plomo en plena cara y después de atravesarle las fosas nasales le salió por el cogote en un estallido de sustancias orgánicas. Jim alcanzó a ver algo de aquello, mas una quemadura en el centro del pecho pareció extendérsele por todo el cuerpo y, cuando le llegó a la cabeza, le cegó haciéndole perder el equilibrio.

Lamson, totalmente erguido, observó a los dos hombres que levantaban una nube de polvo en su caída.

Power volvió la cabeza hacia él con un movimiento mecánico y abrió los ojos como platos.

—¡Lamson! ¡Están muertos! —La voz de Power tenía un tono de incredulidad—. ¿Cómo es posible?

—La verdad es que a partir de este encuentro ya no lo sé —contestó cabizbajo.

Red le dedicó una ojeada.

—Usted habló de ir a Nuevo México.

Power se mantuvo unos instantes en un obstinado silencio y por fin rompió a hablar:

—Le digo que este suceso me ha hecho meditar un poco. Sí, Lamson, he visto la muerte de cerca y noto que mis ideas chocan unas con otras. Este viaje lo tenía pensado desde hacía tiempo y cuando me puse en marcha tenía la seguridad de que llegaría a mi destino. Ahora le juro que estoy a punto de dar media vuelta y

volverme a mi casa otra vez.

—No lo entiendo, Power.

Henry se rascó el lóbulo de la oreja.

—Lo verá claro enseguida, Lamson —dijo—. Cuando salí de Oklahoma, mis ánimos eran buenos y estaba decidido a todo, pero en cuanto me he visto delante de un par de revólveres, toda la fuerza se me ha ido por los pies.

—Debe ser el cansancio del viaje.

—No, Lamson —explicó Power, deteniéndose junto a los caballos de los dos forajidos… Soy un tipo al que le faltan agallas. Eso es todo. No tengo valor para lo que voy a hacer.

Red le miró con fijeza.

—No creo que usted tenga en proyecto nada malo —dijo—. Parece un buen tipo. ¿Por qué no se explica de una vez? Tal vez pueda ayudarle.

Power se mordisqueó el labio, indeciso. Luego habló:

—Tal vez cuando llegue a First City tenga un panorama distinto del que me he imaginado. Aquél es mi pueblo natal, pero nadie se acordará de mí. Salí de allí siendo muy pequeño. Pero si alguien averigua quién soy, tal vez tenga dificultades.

—¿Por qué, Power? —Red entornó los ojos tratando de penetrar en los pensamientos de su interlocutor.

Power tardó unos segundos en contestar, como si la respuesta se le hiciera difícil. Por fin, hinchó el pecho y dejando escapar el aire en un suspiro, dijo:

—Mi padre envenenó las aguas del río.

El silencio que siguió a las palabras del joven rubio fue respetado por Lamson, quien esperó con una luz de interés en las pupilas.

—Sí, Lamson —continuó Power—. Hace cosa de quince años mi padre hizo aquello. Lanzó en la parte alta del río varios sacos de cianuro y contaminó el agua en todo el curso, de tal modo que pasaron bastantes días antes de que pudiera utilizarse.

—¿Hubo víctimas?

La mirada de Lamson permanecía fija en los ojos húmedos de Power.

Éste asintió con la cabeza.

—Murieron dos peones de un rancho que bebieron de aquellas

aguas. Otras cinco personas estuvieron a punto de perder la vida, pero una intervención rápida del sanitario del pueblo les salvó. Les hicieron un lavado de tripas a toda prisa y, después de estar varias horas entre la vida y la muerte, pudieron levantar cabeza.

—Un desastre —dijo Lamson.

—Las cabezas de ganado que perecieron en las orillas del río Nuevo fueron alrededor de tres mil, de distintos ranchos. First City estuvo a punto de desaparecer, tal fue la ruina.

Power quedó nuevamente silencioso.

Red dejó de mirar la lejanía y contempló a Henry.

—¿Por qué hizo eso, Power? —dijo.

—Mi padre debió trastornarse. Desde la muerte de mi madre, un año antes, mi padre fue otro. No se entendió bien con los ganaderos. Nosotros teníamos una granja cerca del río y las reses irrumpían en ocasiones en nuestras tierras destrozando alguna valla y cosas por el estilo. Siempre se resolvieron los daños del modo más amigable. Sin embargo, a partir de la muerte de mi madre, las reacciones del viejo Power fueron otras. Atacó a algunos peones de los ranchos vecinos y se hizo más duro con la gente.

—¿Qué fue de tu padre?

—Lo ahorcaron una hora después del hecho —dijo Power con la frente arrugada—. Un par de hombres dijeron que le habían visto robar los sacos de cianuro del almacén general, pero no supieron qué intenciones llevaba hasta que fue demasiado tarde.

—¿Cómo sabe usted todo eso? Por los detalles que da, parece como si fuese testigo del suceso.

Power parpadeó para desvanecer la humedad de sus ojos.

—El hombre que me recogió después de ahorcado mi padre, me lo reveló hace un par de años. Esperaba a que yo tuviese suficiente juicio para revelarme la historia de los Power. Ya se puede figurar la impresión que me causó saber todo lo que le acabo de contar. Tío Bill, que así se llamaba el hombre que me protegió al quedar huérfano, murió hace poco más de un año. Desde entonces le he dado vueltas a la idea de volver a First City.

—¿Para qué quiere volver allí, Power?

—Hay varias razones, señor Lamson. Una de ellas es la curiosidad por ver aquello que fue escenario de un drama. La más práctica es que mi padre tenía muchos acres de terreno de su

propiedad y sería una suerte para mí recuperarlos y volverlos a explotar.

—Puede recuperarlos, Power.

Henry esbozó una amarga sonrisa.

—Me faltan fuerzas, amigo. Le juro que me faltan. ¿Se imagina que tal vez encuentre una fuerte oposición de los habitantes de allí? Tío Bill me dijo que el suceso se tiene en First City como algo inolvidable. A pesar de que han transcurrido quince años.

—Yo le acompañaré —interrumpió Lamson.

Power alzó la cabeza con un extraño brillo en la mirada.

—¿Usted, Lamson? —sonrió. E hizo un movimiento negativo—. No puedo permitírselo. No sería justo.

—Usted me ha sacado de un atolladero.

—Pero no quiero que pague a cambio un precio tan alto. Allí pueden recibirme como una víctima de las circunstancias, o como el hijo de un gran asesino. Ya sabe las ideas que tiene la gente acerca de la herencia de instintos. No sería extraño que me dieran un disgusto.

Lamson montó en su nuevo caballo y desde arriba ladeó la cabeza contemplando a Power.

—Su historia me ha chocado, muchacho —dijo—. Y estoy demasiado interesado en el final para perdérmelo. Ahí tiene la verdadera razón de mi ofrecimiento.

Henry le miró con fijeza achicando el azul de sus pupilas y de pronto sonrió.

—Usted tiene las agallas que me hacen falta a mí.

Se agachó al ser de pronto sombreado por el vuelo bajo de uno de los buitres.

Lamson disparó tres veces seguidas sin desenfundar y le arrancó la cola al pajarraco.

Power rió alegremente y subió a su montura de un salto.

Poco después los dos jinetes se perdían en la lejanía, mientras los buitres trazaban círculos en el lugar donde habían quedado los cadáveres de los forajidos.

CAPÍTULO II

Lex Prevost, ayudante del *sheriff* de First City, corrió a lo largo de la calle Principal dejando tras de sí una larga estela de polvo.

Penetró en la oficina como un huracán y la violencia de la puerta, al chocar contra la pared, hizo que el *sheriff* pegara un salto en el asiento.

—¿Qué ocurre, Lex?

—¡*Sheriff*, se nos avecina algo gordo! —exclamó el ayudante antes de tomar aliento—. ¡El hijo de Joe Power está a punto de llegar al pueblo!

Víctor Cook, el *sheriff*, dio la vuelta a la mesa y se acercó al recién llegado.

—¿Qué estás diciendo, Lex? ¿El hijo de aquel tipo que envenenó las aguas?

—¡Sí, *sheriff*!

—¿Cómo te has enterado?

Prevost jadeó con fuerza antes de responder.

—Hay unos cuantos que están esperándole en las afueras. ¡Por lo visto tienen ganas de armar jaleo!

—¡Infiernos! —Cook tomó el rifle en un gesto mecánico y manejó la palanca.

—¡Ya lo sé, *sheriff*! ¡Tan tranquilos que vivíamos!

¿Por qué se le habrá ocurrido a ese fulano dejarse caer por aquí?

—Déjate de lamentaciones —gruñó Cook y retrocedió para cerrar los cajones del escritorio—. ¿Quiénes están allá?

Prevost se humedeció los labios.

—Hay bastante gente esperando —dijo—. Pero los que llevan la voz cantante son los de siempre. William Baum, Teddy Roberts y sus compadres.

La boca de Cook se torció en una mueca.

—Esa gentuza… ¡Siempre han de ser los mismos!

—Sí, *sheriff*. Yo quise imponer un poco de orden, pero el grandullón de Teddy dijo que me largara o me retorcería las orejas… ¡Cáscaras, *sheriff*! ¡Deberíamos cortar las alas a esa gente…!

—Vamos —Cook atravesó el vano de la puerta y echó a andar sin esperar a su ayudante.

Éste correteó detrás de él.

—¡Tendremos que jugar las cartas con maña, *sheriff*! ¡Es lo que me apesta en estos asuntos! ¡Uno no sabe de qué parte ponerse!

—Cierra el pico, Lex. Me estás sacando de quicio.

Lex se apartó y en pocos segundos trajo un par de caballos por el ronzal.

Los dos representantes de la ley en Firts City montaron y avanzaron por la calle Principal a trote ligero.

Cuando fueron vistos por los que aguardaban a los dos forasteros, un tipo alto, de facciones toscas y anchos hombros, sonrisa jactanciosa, les salió al paso.

—¡Hola, *sheriff*! Aquí nos tiene listos para la bienvenida.

—¿Qué significa esto, Teddy?

Teddy Roberts señaló a los espectadores con un amplio ademán del brazo.

—Ya lo sé, *sheriff*. La gente está muy interesada por ese fulano… —dijo, y de pronto se dirigió a un tipo de aspecto anémico—. Eh, Mike, acércate.

El llamado Mike se aproximó con expresión de rata inquieta.

—Dile al *sheriff* lo que hay —sonrió Teddy—. Pero alza la voz para que te oigan todos. No estará de más que se les meta bien en la cabeza lo que ha oído.

—¡Esta mañana estuve en La Hondonada con Isaías, y le vi, *sheriff*! Se metió en el bar de ese pueblo. ¡Isaías le echó el ojo enseguida! Era pariente lejano de los Power, pero nunca quiso saber nada de ellos.

—¡Al grano! —interrumpió el *sheriff*.

Mike se relamió.

—Bien, *sheriff*. Isaías me pegó un codazo cuando tuvimos el encuentro. Henry Power no nos vio o creo que no reconoció a

Isaías. Yo me hice el loco y me acerqué a pedir un vaso en el mismo lugar del mostrador en que Power bebía en compañía de un tipo. ¡Hablaban de venir mañana! ¿Y sabe lo que es bueno, *sheriff*?

—¿El qué?

—¡Power es carne y uña del tipo que le acompañaba! ¡Está claro que es un sujeto aficionado al gatillo! ¡Si viera cómo llevaba el tipo los revólveres de bajos!

El sujeto de ademanes bruscos apartó a Mike y se puso en primer término.

—¿Qué le parece, *sheriff*? Por lo visto ese puerco de Power se ha buscado un acompañante de buena planta para meternos miedo. ¿No es para morirse de risa?

El de la placa le dedicó una mirada penetrante.

—Teddy —dijo—. Tú te las pintas sólo para alterar a la gente. ¿Qué es lo que te propones?

El individuo llamado William Baum intervino, poniéndose junto a su amigo Teddy.

—Yo se lo diré, *sheriff*. ¡No vamos a consentir que ningún Power entre otra vez en Firts City! ¿Está claro? ¡No podemos arriesgarnos a la ruina por el hijo de un loco! ¡Usted sabe que los Power están mal de la cabeza! ¡Todo se hereda, *sheriff*!

—¡Cállate, infiernos! —rugió Cook.

Pero Baum continuó con los dientes a la vista, como una fiera dispuesta a dar un mordisco.

—A usted lo único que le interesa, *sheriff*, es que se guarde el orden. Si hubiese estado en el desastre entonces, no hablaría así.

—¿Estuviste tú, William? —exclamó Cook, con las mandíbulas apretadas.

—No, pero me lo han contado.

El representante de la ley enarcó el pecho y entornó los grises ojos mirando a su alrededor.

—Oídme bien todos —alzó la voz para ser entendido—. ¡No quiero jaleos! ¡Yo me las entenderé con Power y su acompañante! ¡Si alguien se desmanda haré que reciba un buen escarmiento!

—¡Usted no puede decir eso, *sheriff*! —estalló Teddy, adelantándose—. El pueblo no quiere a Power y no dejaremos que permanezca aquí ni un solo minuto. Entonces murieron dos hombres y varios más sufrieron retortijones. ¿Y qué me dice de las

tres mil quinientas reses?

Cook observó a los hombres que secundaban a Teddy.

Un tipo de unos cincuenta años se irguió a la derecha.

—Teddy tiene razón, Cook —dijo a éste—. Los Power llevan la locura en la sangre. Isaías me acaba de contar que cuando Henry tenía ocho años les sacaba los ojos a los pájaros y les cortaba las patas mientras se desternillaba de risa.

—Isaías es un embustero de marca mayor —replicó Cook—. Aún está por ver si la venida de Power es verdad.

—¡Ahí viene un jinete! —gritó una voz aguda.

El grupo de vecinos de Firts City se volvió hacia donde se había hecho la indicación.

El jinete cabalgaba despacio en la revuelta del camino y alzó la cabeza.

Continuó hacia la entrada de la calle Principal, rebasando las primeras casas de las afueras.

El *sheriff* y los que le rodeaban observaron en silencio la llegada del hombre.

Era alto, de anchos hombros, y cuando levantó el ala del sombrero, a pesar de la distancia, pudieron ver el brillo de un par de ojos negros, penetrantes, que se iban haciendo cargo de cada uno de los componentes del grupo a medida que se aproximaba.

El *sheriff* empezó a adelantarse seguido de su ayudante, de William Baum y de Teddy Roberts.

Baum y Roberts se balancearon al dar los últimos pasos y adoptaron una actitud de fanfarronería que dejaba en segundo término al representante de la ley.

—¡No es Power! —exclamó el anémico Mike, de modo que pudo ser oído incluso por el jinete.

Las caras de los dos fanfarrones se torcieron en una mueca de desencanto.

El jinete descabalgó apenas detenido el caballo y guiado por el brillo de la estrella de seis puntas se dirigió a su poseedor:

—Buenos días, *sheriff*. ¿Puede decirme dónde queda el hotel de este pueblo?

Teddy lanzó una maldición y se puso en primera línea.

—Oiga, amigo. Déjese de tanta ceremonia y díganos en qué agujero ha escondido a Power.

—Cósete la boca, Teddy —ordenó el de la estrella. Luego trasladó la mirada al recién llegado—. Entiendo que usted es amigo de Henry Power.

—Me llamo Red Lamson.

—¿Y Power? —preguntó Cook, interpretando que era ésa la pregunta que bailaba en cada boca.

Lamson se descubrió y procedió a secarse el sudor que le empapaba la frente.

—Anda ahí cerca. Le dejé en la herrería del camino para que repusiera un par de herraduras de la montura —Lamson hizo una pausa—. Mi pregunta queda en pie, *sheriff*. ¿Dónde está el hotel?

El representante de la ley se anticipó a Teddy.

—¿De modo que piensan quedarse? —dijo.

Lamson lanzó una ojeada a los que flanqueaban al representante de la ley.

—Sí, *sheriff*. Hemos venido con el propósito de que el señor Power se haga cargo de sus tierras.

—¡Infiernos…! —estalló Teddy—. ¡Usted y ese loco de Power están equivocados de medio a medio! ¡Vamos a hacer que recapacite en un santiamén! ¡Muchachos, le daremos la bienvenida a Power!

—¡No se mueva nadie! —rugió Cook. Y cuando consiguió detener a los que se movían junto a Teddy, agregó—: Yo me haré cargo de Power. Necesito hablar con él y ponerle al corriente a mi manera. Tú, Lex, quédate aquí.

—¡*Sheriff*, puedo ir también! —exclamó el ayudante, lleno de inquietud.

Cook le volvió las espaldas, después de clavar en los recalcitrantes una mirada que quiso ser magnética.

Cuando desapareció por la esquina del depósito de forraje, Teddy y William observaron al forastero con las cabezas ladeadas y sonrientes.

—Así que usted sabe también hacer juegos de manos —dijo Teddy.

Lamson le estudió nuevamente.

—¿Qué quiere decir?

Teddy dio un codazo a su compañero William.

—¿Qué te parece, muchacho? Se cree que tropieza con palurdos.

¡Usted se ha presentado primero para parar el primer golpe! ¡Confiéselo, tipo vivo!

—No tengo nada que confesar.

Teddy rió, francamente divertido.

—Conque no, ¿eh? Seguro que prefiere tener sus meditaciones en el hotel. ¡Bien, amigo! ¡Hemos decidido todos, por unanimidad, llevarle a ese hotel de que tiene tantas ganas! —Se volvió hacia los que le secundaban—. ¿Verdad, muchachos?

Unos cuantos rieron en voz baja.

Teddy se animó.

—Sí, forastero. Usted está muy cansado y necesita una buena cama.

—Eso sí que lo confieso —dijo Lamson, sin el menor rastro de humor, las pupilas fijas en el individuo.

Teddy rió alborozado.

—¿Veis como acierto en todo, chicos? Además, el tipo es de los que sabe sacarle partido a las réplicas. ¡Si ya me está gustando!

Lamson se vio envuelto en una salva de risotadas.

Teddy hizo esfuerzos por ir aminorando la risa y pronunciar las palabras claras.

—Lo malo de nuestro hotel es que tiene unas camas muy duras —dijo—. Sí, forastero. Incluso hay algún parásito. Por eso es que le será difícil conciliar el sueño así a la primera. ¡Pero nosotros tenemos un método para acostumbrar a la gente que viene de fuera!

—¿Cuál, amigo? —dijo Lamson.

Teddy no podía contener la risa al saber que los demás adivinaban sus pensamientos.

—Todo consiste en darle un poco de masaje.

Lamson guardó silencio, sin moverse del lugar que pisaba.

El tipo fornido de First City alzó las cejas.

—El masaje, para el que tiene la planta de usted, es lo mejor para un sueño de varias horas. ¡Apuesto a que después de la sesión es capaz de dormir sobre un lecho de clavos en punta!

Lamson vio cómo el individuo se arremangaba, mostrando unos brazos musculosos y cubiertos de pelo negro arremolinado.

—¡Ni un batallón de chinches va a poder despertarle!

Lamson parpadeó.

—¿Y quién es ese maravilloso masajista?

La sonrisa de Teddy adquirió un aspecto de crueldad al mostrar un par de puños como mazas.

—Yo.

Red le contempló unos segundos y dijo:

—Conque es usted, ¿eh? Al principio le confundí con uno de esos tipos que rascan los callos con papel de lija, a veinticinco centavos el callo.

La sonrisa de Teddy fue borrada por un ramalazo de ira.

—¿Qué está diciendo, bastardo? ¡Repítalo…!

—Lo siento, fue una confusión.

Teddy lanzó la izquierda en un movimiento calculado.

—¡Para que no se confunda más! —aulló.

Lamson se agachó ligeramente al tiempo que desviaba la izquierda de Teddy y, antes de que la derecha ascendente de éste llegara a su destino, le sacudió un fantástico puñetazo a su antagonista con el puño derecho un poco sesgado. Teddy abrió una brecha entre los que le respaldaban, trazó un rastro en el polvo al tocar el suelo y pasó por debajo del vientre de un caballo, yendo a detenerse en un pequeño montículo.

—¡Puerco tramposo! —chilló William, sacando el revólver con presteza.

Lamson hizo fuego sin desenfundar, y a pesar de su desventajosa posición, levantó una despellejadura en la mano armada de William, quien soltó el revólver como si se hubiera convertido en una víbora.

Lamson mantuvo unos instantes engarfiado el revólver humeante.

—Todos los demás parecen personas sensatas —dijo—. Espero que nadie quiera hacer más locuras.

—¡Pagará caro esto, puerco! —gritó William, con la voz modificada por el dolor.

La atención de los circunstantes fue atraída por el *sheriff*, que apareció acompañado del joven Henry Power.

Power se hizo cargo de la situación al mismo tiempo que el *sheriff*, y en sus pupilas azules se advirtió una sombra de inquietud.

Cook, después de ver la mano herida de William, se encaró con el forastero alto.

—De modo que usted tiene a su cargo la parte activa, ¿eh,

Lamson?

—Si lo dice por este incidente, sí. No me dejo apalear por nadie.

—No es necesario que me lo diga —replicó Cook—. Yo procuraré contener a la gente para que no tengan un disgusto, Lamson. Pero quiero que usted colabore.

—¿Qué clase de colaboración, *sheriff*?

—No me provoque a la gente. La presencia de Power en este lugar apesta a todos. Vayan a lo suyo y no pavoneen por el pueblo en busca de camorra.

—No hace falta que nos de esta clase de consejos *sheriff* —dijo Lamson—. Venimos en busca de paz. Pero si alguien se empeña en ponernos la zancadilla, no nos quedará más remedio que defendernos.

Cook sostuvo la mirada del joven alto y dijo:

—Tenga en cuenta mi consejo, Lamson. Hoy les ha salido bien la cosa. La próxima vez puede que no les sea tan fácil. Lleven cuidado. El hotel está a media calle, a la derecha.

Dicho esto, el *sheriff* dio media vuelta y se alejó, llevando a Lex pegado a sus talones.

Los demás recogieron al semiinconsciente Teddy y se fueron por el mismo camino.

Lamson palmeó a Power y tomó las riendas del caballo.

—Vamos, Henry. Tenemos que descansar un poco antes de echar un vistazo a esas tierras.

CAPÍTULO III

Red Lamson y Henry Power llegaron a las puertas del hotel sin haber cambiado palabra.

El empleado del registro, un individuo delgado, de ademanes nerviosos, sonrió varias veces a los viajeros y después de hacerles firmar en el libro de estropeadas tapas, les dio la llave de la habitación número siete.

Power entró primero y, en cuanto Lamson cerró la puerta a sus espaldas, dio rienda suelta a sus temores.

—¿Lo has visto, Red? —exclamó—. ¡La gente quiere mi sangre por encima de todo!

—Conviene que descanses un poco —replicó Lamson, mientras se hacía cargo del interior del recinto.

Power sacudió la cabeza y miró hacia la calle.

—No sé si podré soportarlo, Red. Habría sido terrible si no tengo la suerte de encontrarte.

—Bien, Henry —Red introdujo la bolsa de cuero que contenía ropas y demás objetos en el armario—. El primer golpe ya ha pasado.

—¿Crees que ha pasado, Red? ¡Opino que después de esto no les daré ocasión de pensar en otro ataque!

Lamson se desanudó el pañuelo del cuello.

—Ahora no te entiendo, Henry.

Power dio media vuelta, dejando de contemplar la calle, y mostró las palmas de las manos a su amigo en un gesto de desolación.

—¿Qué crees que puedo hacer, Red? ¿Estar pendiente siempre de que alguien quiera aplastarme como una cucaracha? No, Red. Es imposible mantener una situación en esa forma. La gente de First

City no se acostumbrará a mi presencia ni aunque pasen otros quince años. Se ve que el recuerdo de aquello tan desagradable no se les ha borrado y les late en el fondo de las entrañas un deseo de venganza. Lo que te digo, el día menos pensado me desollarán vivo a la vuelta de una esquina oscura.

Lamson le dejó manifestar sus escrúpulos y por fin dijo:

—No tienes por qué preocuparte de momento, Henry. Hemos podido desarticular la bienvenida que te preparaban y ahora se cuidarán mucho de volver a las andadas.

—Sí, Red —concedió Power, entornando los párpados—. Pero no puedo consentir que tengas que protegerme a cada instante. No tengo derecho para que me sigas como una sombra a todas partes. Compréndelo, Red. Es injusto que te retenga por devolverme un favor.

Lamson se le quedó mirando.

—Ya te dije que me interesaba el final de esta historia, muchacho. Cuando todo haya pasado definitivamente, me marcharé. Pero haremos lo posible para que, cuando yo salga de First City, tú estés en paz con todo el mundo.

—No sé si será posible, Red —Power sacudió nuevamente la cabeza, lleno de pensamientos pesimistas—. Cuando dije que no les daría otra ocasión, me refería a hacerme cargo de la propiedad en un par de días y gestionar la venta. Creo que eso sería lo ideal. Largarme de aquí.

—Te estás engañando a ti mismo —observó Red, sin quitarle ojo.

Power presintió la mirada de su amigo y después de unos segundos se dio cuenta, manifestando cierta irritación.

—¡Condenación, es cierto! ¡Quiero engañarme, pero no puedo! ¡No sabes lo que me gustaría que la gente fuera de otro modo y me aceptara; que me dejaran reconstruir la casa de mi padre…!

Lamson se incorporó del asiento y palmeó el brazo de Power.

—Deja pasar unas horas, Henry —dijo—. No sabes lo bien que va eso para adoptar una buena decisión.

Henry se dejó caer en el sillón que acaba de abandonar su amigo y con un gesto de duda agregó:

—Si nos dejan vivos al término de esas horas…

En aquel momento llamaron a la puerta.

Power buscó la mirada de Lamson, y cuando éste asintió, fue hacia la puerta y la abrió lentamente.

La mano de Red Lamson se detuvo en la culata del revólver.

En el hueco de la puerta apareció una mujer.

—¿Quién de ustedes es el señor Power? —preguntó la joven.

Power inició unos carraspeos para contestar y, entretanto, Lamson se hizo cargo de la muchacha.

Apenas habría cumplido los veintidós. Era de talla mediana, muy bien torneados sus encantos femeninos y de fuerte atracción personal, morena, de ojos grandes y profundamente negros.

Ella observó con detenimiento a los ocupantes del recinto. Inhaló aire lentamente y volvió a formular su pregunta, aunque Lamson no se enteró.

—Sí, señorita —contestó Henry—. Yo soy Power.

Ella lo retrató de una sola ojeada y traspasó la mirada al joven alto, deteniéndose un segundo en las armas que le colgaban del cinto. Los ojos negros y grandes se alteraron un poco y recobraron después su expresión.

—Tengo este hotel en arrendamiento, señor Power —expresó ella, después de dar un par de pasos hacia delante—. Acabo de oír todo lo que se refiere a usted y quiero manifestarle que no entro ni salgo en la historia de su familia. Deseo que esto quede bien claro.

—Siga, señorita —intervino Lamson, quien se apercibía de que ella no le apartaba la vista de encima.

Ella se volvió directamente hacia él.

—Pero ustedes representan un peligro para mi negocio, por el que tengo que velar. Lamento no haber estado en el momento en que ustedes llegaban, para evitar decirles que abandonen cuanto antes el hotel.

—¿Qué es lo que teme usted, señorita? —preguntó Lamson.

La joven tardó unos segundos en responder.

—Usted se llama Lamson, si no he leído mal el registro. —Y ante un gesto de asentimiento de Red, prosiguió—: Mientras venía por la acera he oído varias veces su nombre. Y parece que lo que ha sucedido a la entrada del pueblo ha excitado bastante al vecindario.

—Quisiera saber adónde va a parar —dijo Red.

—Es sencillo, señor Lamson. Si la presencia del señor Power, por sí sola, es suficiente para alterar los ánimos, puede figurarse lo que

pasará cuando unos cuantos se quieran cobrar la parte que ha hecho usted.

Red ladeó la cabeza.

—Bien, señorita, dígalo de una vez. Tiene miedo de que le apedreen los cristales o le peguen fuego al hotel.

La muchacha apretó los labios.

—Veo que usted me ha comprendido perfectamente.

—Simplemente, ha insinuado las cosas bastante bien, señorita.

—En ese caso, no tengo nada más que decirles —agregó ella.

Lamson hizo un gesto gráfico:

—¿Cuánto tiempo nos da para desalojar?

—Ya le he dicho que cuanto antes —dijo la joven—. Pero, dado lo avanzado del día, pueden pasar aquí la noche si prometen marcharse a primera hora.

—Procuraremos complacerla.

Ella retrocedió hacia la puerta.

—Le ruego, señor Lamson, que cuando vaya al comedor no lleve tan a la vista ese arsenal. Mis clientes son personas excesivamente sensibles.

Lamson fue a responder, pero ella cerró la puerta antes de que pudiese hacerlo.

La muchacha encontró en el comedor al empleado de la recepción.

—¿Les ha cantado las cuarenta, señorita Berret?

La joven alzó la barbilla y miró hacia la habitación número 7.

—Ya están enterados. Espero que no suceda nada mientras se marchan.

—¿Es que va a dejarlas mucho tiempo?

—Mañana temprano saldrán de aquí.

—¡No ha debido darles tanto plazo!

—Baja la voz, Tom —amonestó ella—. Y otra vez, cuando entre alguien con aspecto de pistolero, me avisas corriendo.

Tom asintió con vehemencia y se largó hacia el vestíbulo…

La señorita Barret se desplazó a lo largo del comedor y al volver la esquina lanzó un respingo.

—¿La he asustado, señorita Berret? —sonrió un hombre alto, vestido de negro, surgido de la penumbra.

Ella respiró profundamente, con una mano sobre el seno, y

sonrió.

—Sí, Dick. De veras me ha asustado usted. Es la primera vez que ocurre en los dos días que están aquí, ¿verdad?

El tipo alto se inclinó un poco hacia delante y sus ojos, escondidos en las profundas cuencas, brillaron intensamente.

—Tiene gracia, ¿eh, muñeca? —dijo con voz cavernosa.

La joven sonrió y pasó de largo, con expresión de sobresalto.

Dick la siguió con la vista recreándose en el contoneo del cuerpo femenino y luego se hundió en las sombras, deteniéndose ante la habitación marcada con el número trece.

Abrió sigilosamente la puerta y cuando estuvo dentro carraspeó.

Un sujeto de talla mediada y rostro grasiento se dio media vuelta, soltando una exclamación, y echó mano del revólver.

—Calma, Winston —dijo Dick.

El llamado Winston respiró con fuerza, lanzando el revólver en la funda.

—¿Cómo te las compones para parecer una sombra? ¡Con razón te llaman Dick el Espectro!

—¡Cállate, imbécil…! —cortó Dick con un movimiento imperativo—. ¿Es que quieres que te oigan?

Winston aguzó el oído.

—Perdona, Dick. Es cierto que las paredes oyen. —Se acercó a su compañero y le mostró una agenda—. Le he estado echando una ojeada al plan de trabajo.

—¿Sí, Winston?

—Me parece que como no nos demos prisa en llegar a Penckinville para cargarnos al pelirrojo, el tipo de Phoenix levantará el vuelo.

—Cada día te veo más estúpido, Winston —dijo Dick—. Deben ser las mujeres.

Winston hizo un gesto de rabia.

—¡Siempre me estás insultando, Dick! ¿Por qué no acostumbras a hablar de otro modo? Como si tú no te comieras con los ojos a esa fulana que regenta el hotel.

Dick el Espectro dejo caer las manos mientras en su rostro alargado se formaba una sonrisa de desprecio.

—Mañana nos iremos a Penckinville, mamarracho —dijo al fin —. Quiero demostrarte que nadie se me escapa.

Winston sonrió conciliador, pero no mostró dientes porque un tipo se los había volado de un culatazo en Kansas.

—Ya sé que eres único, Dick. Lo que pasa es que a veces se nos desatan los nervios.

—Yo no tengo nervios —gruñó Dick.

Súbitamente, el cristal de la ventana se hizo añicos y una bolsa cayó en medio de la habitación.

Dick ni se inmutó, mientras Winston abría los ojos como platos.

—¿Qué infiernos es eso, Dick? —exclamó Winston.

—Recógelo, estúpido. Es el único medio de que nos enteremos.

Winston examinó la bolsa antes de echarle mano, con cierta aprensión.

—¡Es dinero, Dick! ¡Y un papel!

Dick el Espectro esparció el dinero con la bota para contarlo y recogió el papel de manos de Winston. Luego leyó en voz alta:

> «Dick, ahí le envío cien dólares oro como pago anticipado de un trabajo. El asunto es fácil. Se trata de cargarse al tipo alto de la habitación número siete. Pueden hacerlo cuando quieran. Sé que ustedes hacen trabajos de encargo y aprovecho su corta estancia por este pueblo para que ganen algún dinero extra. Siento no poder darles a conocer mi personalidad. El dinero es lo que cuenta. ¿No creen?».

Winston consultó el rostro inexpresivo de Dick.

—¿Qué te parece, Dick?

Éste permaneció cejijunto unos segundos y por último repuso:

—Lo que me preocupa más en cómo se puede haber enterado.

—Tú eres bien conocido por esos mundos. No te extrañe. Tu cara es inolvidable. ¿Vamos a hacer ese trabajo?

—El dinero es bueno, ¿no? ¡Pues andando!

—¿Aquí mismo, Dick?

Dick comprobó si los «Colt» que colgaban de la cama estaban a punto y se rodeó la cintura con la canana.

—La ocasión la pintan calva, Winston. Al pasar por el corredor oí decir a los tipos de la habitación siete que tenían hambre. Ahora

los pillaremos en el comedor y después del trabajito nos largamos hacia Penckinville. Así adelantamos tiempo.

Winston saltó de regocijo.

—¿Por qué tendremos tanta suerte, Dick?

—No hay nada como la unión de un estúpido y un genio para atraerla, Winston. Y el genio soy yo.

Winston se quedó boqueando y después de pasarse la mano por la cara echó a andar detrás de Dick.

Esperaron en las sombras hasta ver salir a los ocupantes del número 7. Entonces las botas de los dos hombres batieron lentamente el entarimado.

Llegaron al vestíbulo y torcieron hacia el comedor.

Había siete u ocho comensales y cuando acabaron de cerciorarse del panorama, vieron salir del lavabo a los dos huéspedes del número 7.

El tipo alto y uno rubio de mediana estatura se sentaron a la mesa, donde un mozo con delantal y cucharón empezó a servirles la sopa.

El rubio empuñó la cuchara y de pronto alzó la mirada.

Winston se dio cuenta del detalle y rió.

—El fulano que le acompaña te acaba de ver, Dick. Detrás de esa cortina debes ser como un aparecido.

Dick carraspeó y luego dijo en voz alta:

—¡Eh, amigo! Ese larguirucho.

Esperó a que Red Lamson alzase los ojos y agregó:

—Sí, usted… Antes de empezar a comer le voy a dar algo para abrir el apetito.

Los comensales que rodeaban al aludido pegaron sendos respingos al ver al sujeto con cara de muerto que apoyaba las pálidas manos en los «Colt».

CAPÍTULO IV

Red Lamson se incorporó poco a poco y observó a la pareja que estaba junto a las cortinas.

—¿Están seguros de que me buscan a mí?

Dick sonrió, mostrando unos dientes color de hueso.

—Sí, tipo alto. Usted es el asado de la fiesta. Tiene gracia, ¿eh?

Power tironeó la manga de Lamson, pero éste se deshizo de la traba y quedó totalmente enderezado, con las manos caídas a lo largo del cuerpo.

—Usted no puede hacerle gracia a nadie, amigo.

Dick aproximóse un poco, y al hacerlo parecía que no tocaba el suelo con los pies, tal era el sigilo con que se movió.

—No he venido a que se ría, míster. He venido a hacerle unos respiraderos en la barriga por si come en demasía. Le advierto que en este hotel se puede uno reenganchar y a veces se le va la mano a uno tragando.

Una señora gruesa, que estaba de paso en el pueblo con un muestrario de vestidos de San Antonio, lanzó un gorgorito y se dejó caer sobre el plato de fideos.

El que atendía el comedor no hizo nada por ayudarla, al tener que atravesar la línea de tiro.

Dick sonrió, mirando al tipo alto.

—Usted se preguntará el porqué de mis atenciones, ¿eh? Apuesto a que está tan callado porque no se explica este interés por su digestión.

—Tiene mucha pupila, amigo —dijo Red.

Dick mantuvo la sonrisa comprensivo.

—La verdad es que no debía decírselo, pero alguien está interesado en que le larguen unos plomos y para eso me hizo volar

una bolsa por la ventana. Hay tipos raros, ¿eh?

—Sí, amigo. Los hay —asintió Red Lamson.

—Bien, míster —abrevió Dick—. ¿Quiere que se lo haga de pie o sentado?

—Estoy esperando que «saque», si no queda más remedio —dijo Red.

Dick ladeó la cabeza hacia Winston.

—¿Ves, pequeño? Esta clase de trabajos es de los que me gustan. Resulta desagradable que la gente se eche a llorar cuando le toma la última.

Winston enarcó el pecho al sentirse aludido.

—Parece que tiene agallas, pero ahora verás, Dick. ¿Qué te parece si disparamos cuando el tipo que sirve con el cucharón le pega fuego a aquella tortilla al ron?

Dick no pudo por menos que mirar a su socio.

—Mira que si me resultas avispado… ¡Ése ha sido un detalle! ¡Eh, tipo del cucharón!

El servidor del comedor fue atacado de un tembleque.

—¿Qué… qué… quieren?

—Saca los fósforos y pégale fuego a la bandeja de las tortillas. —Se dirigió a Lamson y agregó—: Cuando se produzca la llamarada, «sacamos». ¿Es justo? Así lo veremos por el rabillo del ojo sin dejarnos de ver.

—Dick —dijo Lamson, con los ojos entornados—, usted, como vieja echadora de cartas, no tendría precio. Se la sabe y no se la acaba.

Dick el Espectro y Winston fijaron los ojos en su víctima.

—¡Vamos, cucaracha! —ordenó Dick, al camarero—. ¡Dale fósforo!

El individuo vestido de blanco rascó un fósforo que estuvo a punto de apagársele, pero lo protegió con mano temblorosa y lo fue acercando a la bandeja de tortillas rociadas con ron.

Se produjo una llamarada.

En la sala retumbaron varios disparos de modo ensordecedor.

La primera bala en llegar a su destino fue la de Red Lamson, que embalsamó a el Espectro de un impacto en pleno rostro. Dick se dejó caer hacia atrás y desapareció en vuelto en el cortinaje.

El segundo proyectil, que casi dio en el blanco, fue el de

Winston, al llevarse unos cabellos de la cabeza de Lamson y arrancar, al fin del recorrido, una moldura que cayó sobre un plato de conejo en salsa.

Las otras dos balas llegaron a la cabeza de Winston, la hicieron estallar y se perdieron hacia el vestíbulo, llevándose parte de cuero cabelludo.

La llama de las tortillas al ron fue el único movimiento en los segundos siguientes.

El representante de forrajes de la mesa vecina a Lamson y Power se levantó cubriéndose la boca y corrió en dirección al lavabo, pero llegó un segundo, tarde.

La dama de San Antonio recuperó el sentido al oír los disparos y, tras descubrir los cadáveres en el suelo, se desplomó ahora en los brazos de Power, quien, distraídamente, la dejó caer sobre el plato especial de la casa, denominado «Grand Gatell Dupont».

Lamson dejó que acabara de humear el revólver y lo reintegró a la funda.

Unos pasos precipitados por el vestíbulo atrajeron las miradas de los aterrados comensales.

La señorita Berret apareció justo en el centro de las cortinas y al ver los dos cadáveres al pie abrió la boca.

—¡Oh, oh! —gritó, y de su hermoso rostro huyó el color, prestándole una palidez que a Red Lamson le pareció la de un ángel.

—Lo siento, señorita Berret —dijo Lamson.

Ella boqueó varias veces y al fin pudo exclamar:

—¿Qué ha hecho, señor Lamson? —Avanzó con paso incierto.

—Ellos se lo buscaron. No me dieron tiempo a elegir el campo.

—¿Cómo se le ha ocurrido zanjar sus asuntos en el comedor del hotel, señor Lamson? ¡Voy a denunciarle a las autoridades!

—Le ruego que se calme, señorita. Estoy dispuesto a pagar los desperfectos.

—¡Salga de aquí inmediatamente!

—¡Un momento, señorita! —terció Power—. ¡El señor Lamson no ha tenido la culpa de este desastre! ¡Ellos le provocaron abiertamente! ¡Todos los que están aquí pueden decirlo!

La muchacha se acercó al joven alto con aire belicoso.

—Debí de echarlos a la calle en cuanto pisaron la habitación —

dijo entre dientes—. He sido demasiado tolerante al demorar su salida, ¡y vean lo que me han provocado! No podrán pagar nunca el daño que me han hecho. ¡El hotel First va a tener que cerrar las puertas después de esto!

Red hizo un movimiento hacia ella, pero la chica interpuso las manos.

—¡No se acerque…! —gritó—. ¡Usted es un individuo contaminado…! ¡Ahora es cuando la gente puede descubrir el verdadero peligro de la llegada de Power! ¡El peligro es usted! Maneja con demasiada facilidad el revólver y no puede ocultar ni con mascarilla que es un pistolero de marca mayor.

—¿Quiere escucharnos, señorita? —empezó Red.

—¡No voy a quedarme aquí después de convertir esto en un cementerio! ¡Salga delante de mí! ¡Y usted también, señor Power!

—¡Yo los sacaré! —rugió una voz ronca, desde las cortinas.

Un tipo fornido, doble ancho por arriba que por abajo, se aproximó con paso lento y pesado, con los puños en ristre.

—¡Quieto, Burt! ¡No es necesario que los toques!

El llamado Burt se despojó del chaleco, capaz de envolver a un búfalo, y lo tiró a un lado cubriendo a la expositora de modas.

—¡Sí, Miriam! —rezongó el gigante, relamiéndose—. ¡Será la única manera de que no hagan más daño en esta comarca! ¡Los voy a dejar sin huesos!

Power, con los ojos como platos, se empinó una vinajera en vez de su vaso de vino italiano.

Lamson hizo una mueca.

—Oiga, Titán —dijo—. Haga el favor de no buscarnos más líos.

Burt soltó una carcajada, enardecido por la perspectiva de la lucha.

—Deja caer la ferretería y te diré lo que es bueno, tipo vivo.

—¡No, Burt! —exclamó la joven, quien conocía los arrebatos de su empleado—. ¡No quiero más destrozos!

—¡Lo único que destrozaré es a ese par de puntos! ¡Déjemelos!

Red apuntó con un dedo al sujeto.

—Cálmese, muchacho. Ya oye a la señorita.

—Conque tiene miedo, ¿eh? ¡Si no le va a doler!

De pronto, el gigantón dio un salto y atrapó a Red por la pechera.

El joven intuyó que una lucha a brazo partido sería un suicidio y se desasió, retirándose, con lo que parte de su camisa quedó en la zarpa de Burt.

Red armó el brazo izquierdo y el gigantón se le rió en las narices.

Miriam Berret se llevó las manos a la cara.

Power tuvo arrestos para ponerse al lado de Red, pero cuando Burt rugió de nuevo pegó un salto retirándose.

Burt lanzó el puño en dirección a Red y éste se apartó Un poco, pero no pudo evitar la otra maza del hombretón, que le percutió sesgadamente en la cara.

Red saltó por encima de una mesa llevándose la bandeja de los entremeses y cayó unas yardas más allá destrozando una silla.

—¿Qué te ha parecido, figurín? —rió Burt, enseñando todos los dientes de la bocaza.

Red sacudió la cabeza y esperó lo suficiente para que el comedor y los objetos dejaran de danzar ante sus ojos.

Saltó de pronto y el gigante lo recibió con un gancho corto de izquierda que lo frenó en seco, pero la otra manaza de Burt resultó lenta y Red pudo colar un directo eficaz por el hueco de la guardia.

Burt abrió los ojos lleno, de sorpresa, pero la cosa le cayó en gracia y rió de nuevo. Al acometer al joven, éste se agachó a todo riesgo y el disparo de Burt se perdió en el vacío. En el acto, Red se incorporó y estrelló la derecha con todas las fuerzas en la quijada de su antagonista.

Burt retrocedió sin poderlo evitar y aplastó el pudín de frutas, salpicando a su alrededor de cerezas y manzana molida.

—¡Maldito tramposo! Voy a trincharte como a un pavo…

—Tenga cuidado —replicó Red, sabiendo que las fuerzas estaban más igualadas.

Los dos contendientes se encontraron cerca del trinchante con ruedas y allí se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo.

Red salió por los aires y se llevó la salsa de cangrejos de río con las espaldas, haciendo estallar el recipiente en la pared.

La siguiente estampida estuvo a cargo de Burt, que dejó caer el corpachón sobre la mesa en que reposaba la fuente de «Grand Gatell Dupont» y hundió la cara hasta las orejas en el mejunje.

Burt se relamió, encontrándolo soso, y salió como disparado por

una catapulta, alcanzó a Red en un abrazo y los dos rodaron por el suelo cubierto de manjares.

Power trató de abreviar la lucha y golpeó la cabeza de Burt con lo primero que le vino a mano, un asado de pavo, pero el duro relleno estalló como una granada, cegándoles a los tres.

Red y Burt se tantearon con los puños haciendo guiños y después de intercambiar varios golpes a ciegas, se derrumbaron sin fuerzas en el charco del suelo formado por lo que fue una estupenda sopa.

El comedor, descontando a Burt, Red y Henry, había quedado desierto. Por la puerta retornó Miriam, acompañada del *sheriff* y su ayudante.

—¿Qué significa esto, Lamson? —Ladró Cook.

Red se incorporó trabajosamente y dio la mano a Burt, quien la aceptó haciendo un gesto de buen humor enmascarado por la sopa.

Red miró al de la estrella, quitándose del párpado un poco de grasa de pollo.

—¿Qué significa esto, Lamson? —repitió Cook, adelantándose.

—Una pequeña escaramuza, *sheriff* —dijo Red.

—¡Queda detenido, Lamson!

—Usted no puede hacer eso, *sheriff* —dijo Lamson pacientemente.

Miriam se mordió el labio inferior y luego estalló.

—¡No, *sheriff*! ¡Este hombre tiene razón! No lo queremos en First City, ¡ni tan siquiera en la cárcel!

Red fue hacia ella, saltando por encima de los restos de comida y sillas rotas.

—Gracias, Miriam —dijo—. No tengo inconveniente en pagar los desperfectos. Puede dejarlo tal como estaba antes y ya me dirá lo que importan los destrozos.

La muchacha cerró los ojos porque la indignación le impedía replicar.

Power enarboló el muslo de pavo que había utilizado como instrumento contundente.

—Sí, señorita Berret. Yo respondo con mis tierras de todo lo que pueda ocurrirle al señor Lamson, aunque opino que él no ha tenido la culpa de todo esto.

—Yo también colaboraré con mis ahorros —simpatizó Burt.

Cook los miró a los tres con ojos entrecerrados y fijó las pupilas en Red Lamson.

—Bien, Lamson —dijo, con las mandíbulas apretadas—. Vayan a esas tierras y que no les vea por el poblado más que para pagar los gastos.

Miriam se acercó a Red resueltamente.

—¡Lárguese de una vez! ¡Bastante daño…!

De pronto se interrumpió al resbalar en un trozo de fruta.

Lamson saltó tomándola entre sus brazos antes de que perdiera el equilibrio.

Los dos se mantuvieron muy abrazados mirándose a los ojos y Red pudo percibir el perfume de su cabello y la plasticidad de sus formas.

—Tenga cuidado —dijo Red—. La ensalada resulta peligrosa.

—¡Váyase de aquí! —dijo ella, los ojos llenos de furia—. ¡Pero suélteme antes!

Red la dejó libre, lejos de la fruta.

Luego, tras mirarla largamente, echó a andar hacia la puerta seguido de Henry.

Al llegar a la calle, Henry gimió:

—¡Red, estamos más cansados que antes, y además, hambrientos!

Red continuaba pensando en la joven y respondió al azar:

—Con esa lucha, yo he comido de todo un poco.

CAPÍTULO V

La diligencia de First City, procedente de la capital del condado, rodó aminorando la marcha por la calle Mayor y se detuvo en el apeadero de la acera.

El vejete que manejaba las riendas en el pescante tuvo un ligero fallo en los frenos y achacó al tronco de caballos la culpa, soltando una ristra de denuestos. Luego se dirigió a los viajeros:

—¡Ya pueden bajar, señores! —gritó, y al mismo tiempo aprovechó la inclinación para sacar la botella del *whisky* de debajo de la caja de herramientas. Pegó un metido al frasco y se relamió—. ¡El que quiera puede continuar conmigo hasta la cochera!

Red Lamson y Harry Power salieron en aquel momento de la tienda de ropas de confección, donde Red había repuesto las prendas destrozadas en la lucha sostenida en el comedor del hotel.

—Ese que acaba de bajar debe ser el juez Horace Bendix —dijo Henry, saltando de la acera—. Es tal como lo ha descrito el dependiente. Será mejor que lo abordemos ahora.

El juez Bendix era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos penetrantes que miraban a través de gafas de gruesos cristales.

El *sheriff* Cook había sido el primero en recibirle, y con miradas indicativas señaló a los dos jóvenes.

Bendix habló un rato en voz baja con el representante de la ley y, una vez terminó, dirigióse hacia Power, sin dejar de observar al joven que le acompañaba.

—Supongo que usted, como hijo del difunto Joe Power, quiere hacerse cargo de las propiedades de su padre.

Power asintió.

—El *sheriff* ya le habrá puesto al corriente.

Los ojos de Bendix estudiaron un momento a Lamson.

—Tengo algunos cargos contra usted que me han sido formulados por el *sheriff* Cook, señor Lamson.

Espero que la señorita Berret se abstenga de entablar demanda si usted está de acuerdo en pagar los gastos. ¿Puede darme una respuesta oficial?

—Ya se la di al *sheriff* —contestó Lamson—. Me hago responsable de los daños.

Bendix se volvió hacia Power.

—Usted puede recoger en el momento que crea oportuno los documentos de propiedad depositados en mi oficina. Buenas tardes, señores.

El juez y el *sheriff* se alejaron cambiando palabras en voz baja.

Red y Henry oyeron a sus espaldas el canto furioso de una lechuza y se dieron vuelta observando al conductor de la diligencia.

El viejo se agachó al mirar a Power y se palmeó las piernas.

—¡Infiernos, muchacho! —exclamó—. ¡Y cómo has crecido! ¡Ven a mis brazos, Henry!

Power cambió una mirada con su compañero y luego volvió a observar al viejo.

—¿Quién es usted, buen hombre?

El viejo torció la cara en una mueca de rabia.

—¿Es que ya no te acuerdas de mí, Henry? ¡Es lo último que pensaba oírme en este cochino mundo! ¡El hijo de Joe Power no se acuerda de mí!

Acercóse a los dos jóvenes y se dirigió a Lamson.

—¿Qué le parece, señor? ¡No tiene recuerdo de Geo Stamp…! —El viejo entrecerró un ojo—. Usted es Lamson, ¿eh? En un minuto he oído más cosas acerca de usted que pelos tengo en la cabeza. ¡Ejem…! Bien, señor Lamson. ¿Qué me dice de este desagradecido, que por mí aprendió a andar? ¡Ni se acuerda de mí! ¡Cría cuervos…!

Power dijo embarazado:

—Yo tendría unos nueve años cuando salí de aquí, señor.

—¡Es imperdonable, Henry! —gritó a voz en cuello el viejo—. ¡Yo te tenía en mis brazos cuando eras pequeño! ¡Recuerdo que una vez, cuando eras de pecho, en vez de darte el biberón me equivoqué y te largué la botella de *whisky*! ¡Infiernos, cómo chupabas!

Red Lamson carraspeó, entre las carcajadas atronadoras de Geo

Stamp.

—Señor Stamp. Hemos tenido algunas dificultades en el hotel y estamos sin alojamiento. Usted tiene alguna práctica en viajeros…

Geo Stamp guilló un ojo mirando furtivamente alrededor.

—Salten al interior. Les llevaré a un buen lugar. Estarán como en el mejor hotel de San Antonio. ¡Ejem! ¿Qué tal, sacamuelas? Geo Stamp se dirigió a un hombre alto y rubio, de unos treinta y ocho a cuarenta años, que acababa de palmearle el hombro.

—Hola, Geo —dijo el rubio—. Te espero luego en casa para quitarte ese colmillo tan estropeado. Ven pronto o encontrarás cola.

Geo lanzó un gemido y se inclinó hacia el dentista abriendo la boca.

—¡Infiernos! ¡Tú quieres dejarme a sopas de leche, Sullivan!

El llamado Sullivan sonrió y tras observar a los dos jóvenes, detuvo la mirada en la boca de Henry.

—No estaría de más que pasara por mi casa, Geo. No me gusta nada ese incisivo. Podemos ponerle una funda de oro. ¡Oro extraído de California! —se interrumpió contemplando a Lamson—. ¡Canastos! Usted sí que tiene una buena dentadura, joven.

Geo lo empujó amablemente.

—Bien, Sullivan. Ya iré por tu casa un día de éstos. Por ahora, cuando me da dolor, me calmo con buches de *whisky*.

Sullivan lanzó una carcajada y se alejó con un largo torno a pedal bajo el brazo.

—¡Adentro, muchachos! —dijo el vejete a Red y a Henry, mientras ponía el pie encima de la rueda para saltar al pescante.

Red tomó asiento en el interior, junto a Henry, y de pronto se dio cuenta de que el vehículo no estaba vacío, pero fue demasiado tarde.

—¡No se muevan! —conminó un individuo delgado, de hombros anchos y caídos, al otro lado de los asientos.

Red lanzó una maldición mientras Power, a la vista del revólver que les apuntaba, trataba de hundirse en el acolchado del asiento.

El tipo armado rió alborozado ante la estupefacción de los dos hombres.

—¡Miren por donde les tengo bien agarrados!

—¿Quién es usted? —preguntó Lamson, bajando imperceptiblemente los dedos hacia el revólver propio.

—Me llamo Roury. Y soy el hombre que los va a enviar al otro barrio. ¿Les gusta, amigos?

En ese instante el vehículo comenzó a rodar.

—¡No puede matarnos así! —gritó Henry, aterrado.

Roury brincó de risa, ayudado en parte por un bache del camino, pero mantuvo el arma bien fírme.

—Apenas lleguemos afuera del poblado, los coseré a los dos juntitos en el asiento. Tiene gracia, ¿eh?

—Apuesto a que usted es el tipo oculto que nos estaba complicando las cosas hasta ahora —dijo Red, para ganar tiempo.

Roury ladeó la cabeza.

—Adivínelo.

—Me pareció insólito que Dick y su compinche nos atacaran en el comedor.

El hombre de los hombros caídos chascó la lengua.

—A veces resulta más práctico hacer las cosas por cuenta de uno. Sí, Lamson. Yo les tiré una bolsa de oro a esa pareja de cuervos para que les dieran el pasaporte, pero por lo visto no eran de su talla. Me las he visto negras para recuperar el dinero.

—Piensa en todo, Roury.

—Sí, por eso he visto que lo mejor era que les saliera al paso y de dos plomos resolviera el asunto. ¿Ven qué fácil?

—No cante victoria tan pronto —dijo Red.

Roury se agarró a un sujetador de cuero para no caerse. El camino era infernal.

—Espera tener otra oportunidad, ¿eh, Lamson? Mire, no crea que estoy chupándome el dedo. Usted intenta llegar al revólver bajando los deditos, así por las buenas. Pero le aseguro que, como siga haciendo eso, se los corto antes de dejarlo seco. ¿Corriente?

Red dejó la mano quieta y clavó la mirada en el repulsivo individuo.

—Usted es un pajarraco, Roury.

El aludido rió con ganas.

—Así me gusta verlo, Lamson. Excitado como un pavo. Con las tripas revueltas de rabia.

—¿Puede saberse por qué nos tiene tantas ganas, Roury? —Red se relajó en el asiento.

—Imagine que soy uno de los perjudicados por el padre de

Henry. O que soy pariente de alguno de los que ha golpeado o tiroteado usted, Lamson. Lo que quiera menos la verdad, porque tengo interés en que se marche con el Gran Espíritu sin saberla. Apuesto a que está intrigado.

—De veras, amigo —Red pensó que haría todo lo posible por atrapar a aquel individuo y arrancarle la verdad, aunque fuera retorciéndole el pescuezo.

Roury no respondió, entretenido por el rabillo del ojo en el paisaje.

—Bien, muchachos. Voy a bajarme y vais a continuar el viaje… hacia la eternidad. Si alguno intenta jugármela le tiraré a la barriga y pasará lo suyo antes de estirar la pata.

Súbitamente, se abrió una ventanilla del techo, sobre la cabeza de Roury, y Geo Stamp gritó:

—¡Ya llegamos, muchachos!

La fracción de segundo que Roury ocupó en ver lo que pasaba, fue aprovechada por Lamson para saltar sobre el individuo.

Éste hizo fuego y la bala arrancó un botón de la camisa de Red, quien dejó caer el filo de la mano sobre la mano armada.

Roury soltó el revólver después de disparar descosiendo la bota de Henry, y se escabulló por debajo del arco del brazo de Red, abriendo la puerta de un golpe.

—¡Deténgase, Roury! —ordenó Lamson, mientras empuñaba el arma.

Empero el asesino frustrado saltó por entre los arbustos del camino y remontó un talud.

Lamson pudo inutilizarle una pierna de un balazo, pero se limitó a disparar un par de veces al aire. Roury pareció enloquecer, pues desapareció por el descenso del montículo a una velocidad meteórica.

—¡Que me ahorquen! —saltó Geo del pescante—. ¿Qué infiernos ha ocurrido?

Red dejó caer el «Colt» de Roury en el interior del vehículo y echóse el sombrero atrás al mirar al viejo.

—Teníamos a un sujeto emboscado ahí dentro. Estuvo a punto de darnos un disgusto. Gracias a que usted ha tenido la idea de darnos un aviso.

Henry bajó del vehículo tambaleándose, blanco como la cal.

—Red —balbució.

Lamson se volvió hacia él.

—Serénate, Henry. ¿Qué quieres?

Henry temblaba como un azogado.

—No quiero nada, Red. ¡No quiero las tierras! ¡Ni tan siquiera el dinero que me den por ellas! ¡Lo único que deseo es marcharme de este condenado pueblo! ¿Lo oyes bien, Red? ¡Huir de aquí!

Red lo zarandeó por los hombros.

—Trata de conservar la cabeza, muchacho. Hemos empezado el jaleo y lo terminaremos por encima de todo.

—¡Bien hablado, chico! —aprobó Stamp—. Y tú, Henry, como no tengas más coraje, métete en la cabeza que aún puedo darte unos cuantos azotes como cuando tenías nueve años y te colgabas en la trasera de la diligencia.

Red se pasó una mano por la cara y dijo en tono cansado:

—Vamos, Stamp. Enséñenos ese escondrijo y trataremos de dormir un rato. Hemos llevado un día muy agitado.

CAPÍTULO VI

Roury Templay descubrió la mano que le hacía señas desde la entrada de la cueva y volvió la cabeza hacia los tres hombres que estaban a sus espaldas.

—Ahí está el jefe, chicos —dijo—. Que nadie se mueva hasta que nos de el plan a seguir.

Dicho esto, Roury echó a andar hacia la boca de la cueva conocida en First City como Gruta del Cuervo.

Roury se masajeó la muñeca golpeada por Lamson veinticuatro horas antes y notó que el tendón le dolía un poco todavía. Dejó caer las manos a los costados y, dando un pequeño salto, entró en la gruta sonriendo ampliamente.

—Hola, jefe —saludó—. ¿Tiene algo pensado? Los chicos están con unas ganas locas de entrar en acción y yo también.

El hombre de la cueva levantó la cabeza, oculta a medias por el ala del sombrero, y mostró un blanco vendaje que le cubría el rostro desde la boca hasta más arriba de las cejas. Dos agujeros redondos le facilitaban la visión y las pupilas parecían sumergidas en profundos pozos…

Roury no pudo ocultar una mueca de desagrado y carraspeó:

—Jefe, tengo ganas de que se cure de esas quemaduras y pueda quitarse el vendaje. Los muchachos están cohibidos cuando le ven. No es bueno que la gente esté inquieta cuando trabaja para un amo.

—No tardaré en quitarme esto, Roury. Bastante me molesta desde que me estalló aquella lámpara de petróleo.

Roury se esforzó por sonreír.

—Además, me gustaría conocerle personalmente. Recuerde que desde que nos encontramos no he visto más que esa máscara de vendas —guiñó un ojo—. Apuesto a que las facciones responden a

su magnífico carácter, jefe.

El hombre de las vendas sonrió un poco, cosa que pudo advertirse por la curvatura del labio inferior.

—Eres un buen tipo, Roury. No sé cómo me las arreglaría sin ti. De veras que no me duelen los billetes que me sacas.

Roury rió con ganas. Pero de pronto torció el gesto.

—¡Y pensar que ayer mismo tuve ante el revólver a esa pareja de palomos, jefe!

—Sólo les hemos concedido un día de vida, Roury. Hoy caerán los dos.

Roury ladeó la cabeza, escrutando los ojos del personaje.

—Las cosas se han preparado ellas solas, muchacho. El viejo Stamp les ha facilitado un escondrijo, pero yo sé dónde está.

—¡Infiernos, jefe!

El hombre que pagaba a Roury hizo una pausa.

—Henry Power está allí escondido y no asoma la nariz para nada. En cambio, Lamson ha ido un par de veces al pueblo. Tengo entendido que volverá hoy otra vez para recoger la documentación de las tierras en nombre de su amigo Henry.

—¿Cómo sabe todo eso, jefe? —exclamó Roury—. ¡Usted no se deja ver por el pueblo!

—Te pondré al corriente en el momento oportuno.

—Siga, jefe.

El hombre de las vendas dio un pequeño paseo por la entrada de la cueva y ocasionalmente quedó en la penumbra.

—Cuando llegue Lamson al pueblo, será el momento de entrar en acción. Así tendremos separados a los dos amigos y las cosas resultarán más cómodas.

—¡Si el rubio no da casi trabajo, jefe!

—Pero tengo otros planes acerca de él. Lo que me interesa más que nada en el mundo es liquidar a Lamson. Luego todo será coser y cantar.

—Piensa correctamente, jefe —aprobó Roury, tratando de adivinar el rostro oculto, y se lo imaginó frío como el pedernal.

—Bueno, Roury, ahora te toca a ti. ¿Qué tipo has buscado que pueda convertir en cadáver a Lamson?

Roury enarcó el pecho y sonrió.

—He tenido una suerte loca, jefe. Me acerqué a Las Hondonadas

y el hombre que necesitamos estaba allá. No sabe lo que tuve que moverme para echarle la vista encima. Lo pillé con un pie en la diligencia de El Paso.

—¿Quién es? —interrumpió el interlocutor de Roury.

Éste sonrió jactanciosamente.

—Agárrese bien, jefe —dijo—. Es nada menos que Douglas Dandridge.

Roury alcanzó a ver que su jefe parpadeaba y sintió regocijo.

—¿Dandridge? ¿Te refieres al de la magia?

Roury cabeceó.

—Sí.

—¡Pero, infiernos, eso nos va a costar una fortuna, Roury!

—Eso sí, patrón. Pide lo suyo.

—¿Cuánto?

—Dos mil dólares.

El amo de Roury se echó hacia atrás visiblemente excitado.

—¿Qué estás diciendo, loco? ¿Dos mil? ¡Por dos mil dólares encontraría gente dispuesta a cargarse a todo un batallón de caballería!

—Cierto, jefe. Pero es que ese Lamson con el revólver y sus mañas resulta equivalente a un batallón. Lo he comprobado por mis propios medios. ¡Y ya ve que estuve a punto de perder el pellejo cuando tenía la sartén por el mango!

—¡Pero es mucho dinero, Roury!

—Si cuenta los gastos que nos estará ocasionando el tal Lamson hasta que caiga, los dos mil de Dandridge son un ahorro. Lamson es duro de pelar. Necesita un profesional de alta talla.

Hubo un largo silencio.

Roury se quedó plantado ante el hombre, esperando una decisión.

—Creo que tienes razón, Roury. Pero sería un rudo golpe para nosotros si gastáramos ese dinero y no elimináramos a Lamson.

—¿Por qué no habla con Dandridge, jefe? Tal vez nos haga una rebaja.

—¿Dónde lo tienes?

—Está ahí fuera, en los arbustos. Tendido en la hamaca de cuerdas. Es de los que saben estar siempre en forma.

—Llámalo.

Roury salió un momento e hizo una señal a uno de los tres hombres.

Un minuto después entró en la cueva un sujeto alto y se echó a un lado para ceder la entrada al pistolero.

Éste era de talla mediana, cabello negro y ropas del mismo color. Sus ojos parecían dos ascuas ardientes.

Dandridge y el del rostro vendado se examinaron largamente.

—Estoy al corriente de todo, señor —dijo Dandridge, con cierto acento tejano—. Suelte la pasta y ese Lamson es hombre muerto a partir de este mismo instante.

—¿Quién me asegura que eso es cierto, Dandridge? Todos podemos fallar.

Dandridge sonrió despreciativamente.

—Yo no puedo fallar, señor. Ustedes son vulgares asesinos de viejas y por eso han hecho el ridículo al tratar de despachar a un hombre que sabe manejar medianamente el revólver.

—¡Dandridge! —interrumpió el jefe de Roury.

El pistolero sonrió.

—Ha sido una manera de llamarles aficionados. Yo soy un profesional, un técnico. El estudio del revólver me ha costado tantos años como la carrera a un doctor.

—Pero los doctores también se equivocan a veces y matan a la gente —dijo el hombre del vendaje, con sorna y fastidio a la vez.

—Yo mato siempre. Y no me equivoco jamás —las palabras de Dandridge fueron tan tajantes que por un momento nadie respondió. Los ojos del vendado brillaron.

—Roury tenía el revólver fuera y Lamson se le escabulló.

—Yo me cargaré a ese individuo, aunque me esté apuntando y yo desarmado.

El jefe curvó el labio inferior, irónico.

—Magia, ¿eh?

Dandridge alzó la barbilla.

—Los palurdos suelen decir eso de mí. Pero yo le voy a demostrar cómo lo hago. Traiga a un tipo para hacer la prueba.

El jefe se volvió con brusquedad hacia Roury.

—Trae a Mitchell.

Roury alzó las cejas.

—Ese chico es demasiado bueno con el revólver. Si lo perdemos

estamos limpios.
—Sólo le calentaré el cogote con un plomo —dijo Dandridge.
Roury cumplimentó el encargo del jefe y Mitchell, un sujeto de orejas en forma de soplillo, entró con el revólver por delante.
—¿Quién quiere probarme, jefe?
El aludido señaló al hombre venido desde Las Hondonadas.
Dandridge sonrió.
—Voy a emplear la táctica número ciento cuatro. Puede que si la tengo al corriente lo haga también con Lamson. Bien, Mitchell, usted tiene el revólver apuntándome y yo estoy desarmado. Trate de hacer fuego.
—Es fácil —sonrió Mitchell.
—Entonces, apriete el gatillo cuando quiera.
—¡Lo voy a tumbar, amigo!
—Pruébelo, Mitchell.
Sonaron dos estampidos juntos y una bala se perdió por donde una milésima de segundo antes estaba el cuerpo de Dandridge.
Éste se incorporó con el revólver humeante. Su plomo había rozado el cuerpo cabelludo de Mitchell, quien se desplomó desvanecido.
Siguió un silencio.
—¿Cómo lo ha hecho? —exclamó Roury, pasmado.
Dandridge sonrió, enfundando el arma.
—He tenido la mirada fija en el desplazamiento de la uña cuando apretaba el gatillo. Ése sólo movimiento ha sido suficiente.
—Usted ha de tener su truco, Dandridge —dijo de repente el jefe, con tono de respeto.
El pistolero le miró con ironía.
—Desde luego. Ese pequeño truco me llevó cinco largos años de estudio.
El hombre de la máscara miró con rabia al inconsciente Mitchell y desenfundó el revólver de Roury, amartillando el gatillo.
—Ese tipo, además de no servir para nada, ha tratado de chantajearme esta mañana cuando no estabas tú, Roury.
—¿De veras, jefe? Uno no sale de sorpresas.
—Será mejor que le cerremos la boca ahora mismo y para siempre.
El hombre del vendaje se inclinó hacia el desvanecido Mitchell,

quien roncaba con la boca entreabierta.

El jefe situó el cañón del arma junto a la frente de Mitchell y disparó con la mayor frialdad.

La cabeza del caído estalló brutalmente.

CAPÍTULO VII

Red Lamson avanzaba por la acera de tablas en dirección a la oficina del juez Bendix, con el ala del sombrero sobre los ojos deseando pasar inadvertido.

Frenó bruscamente el paso, pero fue demasiado tarde para evitar que la figura femenina que venía en su misma dirección chocara contra su cuerpo.

—¡Usted…! —exclamó Miriam Berret, y sus negros ojos relampaguearon un segundo—. ¿Cómo tiene el valor de presentarse por el pueblo?

—Buenas tardes, Miriam —dejó de retenerla cuando ella hizo un gesto brusco para desasirse—. ¿Ha empezado la restauración del comedor?

La joven enarcó el busto al respirar profundamente.

—Me gustaría saber si no está tratando de tomarme el pelo.

Red observó lo hermosa que estaba con aquel vestido blanco adornado de encaje.

—Tenga la seguridad de que hablo en serio. Le dije al juez que usted y yo nos arreglaríamos.

—¿Cómo que nos arreglaríamos? —exclamó la joven.

Red carraspeó.

—Me refiero al importe de los daños, naturalmente.

Las largas pestañas de la joven abanicaron un momento sus ojos, tratando de penetrar en el pensamiento de Lamson.

—La verdad es que todavía no he visto un centavo. Y le diré más, señor Lamson. Tengo mis dudas de que pueda reintegrarme el coste de las reparaciones.

—Usted y yo quedaremos en paz —aseguro Red—. Muy pronto, Miriam.

La joven golpeó con el pie en el suelo y Lamson le cedió el paso.

Ella se alejó a paso vivo y Lamson hizo lo mismo en dirección contraria.

De pronto, él volvió la cabeza y la sorprendió observándole.

Lamson ocultó la sonrisa y se detuvo ante la casa del juez.

En la acera del otro lado, Douglas Dandridge lo contempló con detenimiento y habló con el individuo de baja estatura que estaba a su lado.

—¿Te das cuenta, Fred? Ahora podía balearlo sin dificultad.

—¿Por qué no lo hace, señor Dandridge? Se ganaría dos mil pavos en un segundo.

Dandridge sonrió cuando Lamson entró en la oficina del juez y un momento después lo pudo seguir observando a través de la ventana.

—Ése es el inconveniente de tener un nombre, muchacho —dijo Dandridge por fin—. La gente se enteraría de que me he cargado a un tipo por la espalda y eso no beneficiaría mi prestigio. Tengo un nombre, Fred.

Fred lo miró con sus ojos bizcos y se rascó el cogote perplejo.

—Le juro que no lo entiendo, señor Dandridge. Estaba por hacerlo yo…

Dandridge apoyó una mano protectora en el hombro del enano.

—Algún día aprenderás que ciertos fulanos tienen incluso un ojo en el cogote. Ese tipo, por la planta y los andares, debe ser de ésos.

—Entonces, usted va dado. ¿Quiere decir eso?

Dandridge cabeceó de costado, pensando que por el mundo había muchos ignorantes.

—Mira, muchacho. En honor a ti, te enseñaré un truquito para cuando tengas un oponente de primera clase. Verás cómo te lo cargas.

Fred se rascó detrás de la oreja.

—¡Infiernos, señor Dandridge! ¡Se aprende tanto con hombres de su categoría!

Dandridge le clavó la mirada gris, desprovista de toda vitalidad.

—Que conste que podría cargármelo sin trampa, pero lo hago para que sepas defenderte en la vida y abrirte paso. Este truco fue el primero que puse en práctica cuando empecé la carrera. Ahora verás.

El pistolero sacó un espejo largo y estrecho que cabía en la mano. Lo apoyó en la parte interior de la columna que sostenía la marquesina de aquella parte, un poco inclinado; ajustólo y luego se incorporó:

—¿Ves, pequeñajo?

Fred parecía todavía más bizco.

—Le juro que no veo nada de nada.

Dandridge sonrió con suficiencia.

—Abre los sesos para ver si te entra a la primera tentativa —dijo y apuntó con un dedo al pequeño espejito en el suelo—. Cuando Lamson salga de la oficina le daré el alto. Lamson se quedará un momento en pie, mirándome, y luego le diré que eche adelante con las armas…

—¡Infiernos, ya caigo! —interrumpió Fred, palmeándose la frente—. Usted le verá la cara por el espejito y ahí hará el blanco.

—No, Fred —dijo Dandridge, y vio que la entrevista de Lamson con el juez tocaba a su término—. Lamson entrará en mi zona. Al avanzar, el sol que refleja el espejo irá subiendo por sus piernas, porque la calle está más alta de los lados, y cuando llegue al rostro le dará a los ojos. Entonces quedará cegado y lo balearé. ¿Entiendes?

Fred se quedó como de muestra y pasados unos segundos movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No, Dandridge.

El pistolero hizo una mueca y en aquel momento vio que Lamson salía del despacho.

—¡Lamson! —llamó.

Red Lamson se dio media vuelta y observó al hombre que lo llamaba.

—Lamson, traigo el encargo de liquidarle. ¡No intente echar a correr porque lo balearé sin remedio!

Red Lamson se irguió cuan largo era y dio un paso hacia el borde de la acera.

El reflejo del espejo le enfocó el cinturón, pero Lamson no lo advirtió.

—¿Otro asesino a sueldo?

Dandridge sonrió, para dar tiempo a que Lamson no saliera por el otro lado, fuera del reflejo.

—Una pobre viuda, a quien usted dejó sin marido, ha reunido sus ahorrillos para pagarme. Yo no tengo nada que ver con sus enemistades aquí, Lamson. Vengo de lejos.

—Una pobre viuda, ¿eh?

—Sí, amigo. Usted es un tipo que va por esos mundos dándole gusto al dedo, y ha matado más gente que la que murió de garrotillo en Yuma. Ahora le toca a usted.

Lamson apretó las mandíbulas con fuerza.

—Sólo un puerco como usted es capaz de desacreditar a la gente así. ¿Cómo se llama?

—¡Douglas Dandridge! —El pistolero aulló el nombre para que pudiera ser bien oído, aunque por el aspecto de la calle se hubiese podido deducir que estaban en un pueblo fantasma. No había ni rastro de vida.

—Dandridge, ¿eh…? —Lamson recordó de pronto—. Conque usted es ese sujeto que se vale de las jugarretas más puercas para cometer sus crímenes. Bien, Dandridge. ¿Qué prepara?

Dandridge interpretó las palabras de Lamson como una expresión de temor oculto, y rió.

—Está sobre ascuas, ¿eh, Lamson? ¡Ahora lo verá, amigo! Empiece a adelantarse hacia aquí y a los tres pasos podemos desenfundar. ¿Hace?

—¿Qué se trama, Dandridge?

El pistolero rió con ganas.

—Tiene miedo, ¿eh? Bien, muchacho. Esta vez no voy a sacar un conejo de la manga para distraerle, ni hay ningún tipo en el tejado dispuesto a tocar una trompeta en el momento clave.

—Va a trabajar honradamente, ¿verdad? —Lamson abría y cerraba las manos, más deseoso de aplastar la cara de Dandridge de un puñetazo que de largarle un plomo.

—Aunque no lo crea, es así. ¿Preparado?

Lamson bajó de la acera y el reflejo le apuntó al cuello.

El pistolero se dejó caer en la calzada y dio otro paso, al mismo tiempo que Lamson.

—¡Queda un solo paso, Lamson!

Red dio el siguiente paso y un destello le cegó los ojos.

Los dos revólveres vomitaron fuego y plomo.

Lamson se tambaleó y dejó caer el revólver.

Dandridge rió con más fuerza que nunca.

—¿Le ha gustado el truco, Lamson? ¡Lástima que se esté muriendo para verlo!

Dandridge volvió a reír y de pronto el ardor de estómago que sentía se le agudizó subiéndole raudo hacia la boca. Soltó una bocanada de algo oscuro y pegajoso y después los ojos se le cerraron, las fuerzas le abandonaron y cayó de golpe contra el polvo de la calle.

Fred tiró entonces del revólver para disparar sobre el tipo que acababa de cargarse a Douglas Dandridge, pero se quedó de piedra cuando vio que el fulano sacaba el otro revólver como por telepatía y lo hacía tronar…

Fred lanzó un alarido infrahumano y siguió el camino de Douglas, rompiéndose antes los dientes contra la esquina de la acera.

Lamson recogió el revólver caído y enfundó las dos armas después de cerciorarse de que no había nadie más emboscado.

Las puertas y ventanas se abrieron y entre los primeros vecinos que salieron apareció el *sheriff* Cook con el rifle en ristre.

—¡Lamson! ¡Usted es peor que el tifus! ¿Cuándo va a desaparecer de este pueblo?

—La gente no hace más que buscarme las cosquillas, *sheriff* —repuso el joven—. Celebro que usted estuviera presenciando el duelo. Es la única forma de demostrarle que soy provocado, a todas horas.

—¡No he visto nada, Lamson!

Red le miró con fijeza, pero el representante de la ley sostuvo la intensidad de su mirada.

—Está bien, *sheriff* —dijo Lamson cansadamente—. Pero me gustaría verle aparecer cuando tengo un lío por delante. Le aseguro que no tengo el menor deseo de andar con las armas en la mano a todas horas.

—Usted se lo busca, Lamson. ¡No debió acercarse por el pueblo! ¿Cuántas veces cree que podrá escapar de estas cosas, Lamson? ¿Dos, tres, cinco? ¡Infiernos, tarde o temprano se encontrará con la horma de su zapato!

Red Lamson aprovechó que la gente estaba algo distanciada para acercarse más a Cook.

—¿Por qué me dice eso, *sheriff*?

Los ojos grises del representante de la autoridad en First City lo estudiaron.

—La verdad es que yo no estoy en contra de usted, muchacho. Sólo quiero que me deje en paz la ciudad. Le aseguro que si fuera usted el agresor, ya le habría metido entre rejas.

Lamson asintió.

—Celebro que me entienda usted también, *sheriff*.

En aquel preciso instante un jinete entró a galope tendido por el extremo de la calle y antes de que la montura se detuviera, se arrojó de un salto y se fue directamente a Red Lamson.

Éste le reconoció como el guardián de la cochera.

—¡Señor Lamson! —exclamó, excitado—. ¡Ha ocurrido algo terrible! ¡Han golpeado al viejo Geo Stamp, y está sin sentido! ¡Y de Henry Power sólo he visto unas gotas de sangre que se pierden en la puerta! ¡Ha desaparecido, Lamson!

CAPÍTULO VIII

Red Lamson descabalgó de la silla frente a la cabaña de Geo Stamp.

Justo en el porche apareció el viejo, que pareció ir a caer al suelo, pero finalmente logró apoyar su mano en una de las columnas.

El joven llegó a su lado.

—¿Qué pasó, Geo?

Stamp se rascó la pelambrera.

—¡Mi madre, qué chichón…! ¡Juro que haré picadillo al bastardo que me atizó con la culata!

—Serénese y explíquelo de una vez. Los minutos son preciosos, Geo. Se llevaron a Henry.

El abuelo cerró los ojos y los abrió.

—Henry y yo estábamos jugando a las cartas cuando la puerta se abrió de golpe —empezó a explicar—. Eran tres tipos, pero no pude ver sus caras. Se cubrían con pañuelos negros.

—Continúe.

—Todo ocurrió muy aprisa. Los tres fulanos nos amenazaron con sus revólveres y de pronto uno se vino hacia mí y, sin que pudiera saber lo que iba a hacer, me arreó con el «Colt» en la cabeza. Empecé a perder el sentido, pero antes de ello vi que Henry estaba peleando con dos tipos al mismo tiempo… ¡Santo cielo, qué chichón!

Red dejó solo al viejo, introduciéndose en la casa.

Tal como le había anunciado el guardián de la cochera, en el suelo había unas manchas de sangre y eso quería decir que Henry Power había sido sacado de allí por la fuerza.

Regresó al porche, donde Geo se había dejado caer en una

desvencijada mecedora.

—Arriba, abuelo. Tenemos un trabajo pendiente.

—Pero ¿adónde vamos a ir?

—No se preocupe. Será cuenta mía.

Henry Power recuperó el conocimiento sintiendo que le habían dejado en el suelo. Alzó la cara y se dio cuenta de que se encontraba en una cueva. A su alrededor había tres hombres, pero ahora ellos mostraban sus caras patibularias, de barbas crecidas y ojos que miraban cruelmente.

—Ya despertó el pajarito, Roury —dijo un tipo rubio.

Roury Templay sonrió de oreja a oreja.

—Acomódate, Power. Dentro de un rato recibirás una visita de categoría.

Henry movió la mano hacia la funda, pero la encontró vacía.

De pronto se oyó una cabalgada a lo lejos y Roury caminó hacia la entrada de la cueva.

—Ya está ahí el jefe —anunció.

El galope se fue acercando y finalmente cesó muy cerca del ojo de la gruta.

Roury hizo una reverencia al personaje que cubría su cabeza con el albo vendaje.

El recién llegado se detuvo en el umbral de la puerta y sus ojos detuviéronse en la figura de Henry Power.

—Bien, Power. Ya has caído en mis manos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó sucesivamente Henry.

El desconocido sonrió y su risa fue una mezcla de sonidos cavernosos.

—Te traigo dinero, Power.

—No lo entiendo.

—Es la mar de sencillo. Me vas a vender tus tierras.

Henry frunció el ceño.

—¿A quién se las tengo que vender? Ya sabe, me refiero a su nombre.

—Compañía de Mineral de La Hondonada.

—Nunca he oído hablar de esa compañía.

—Tú no eres de aquí, Power.

—Se equivoca. Nací en este lugar.

—Pero es como si hubieses visto nacer el sol en cualquier otro lugar. Te largaste siendo muy niño.

—A pesar de ello, siempre he estado al corriente de las cosas de este lugar, y le repito que nunca oí hablar de esa Compañía de Mineral de La Hondonada.

—Te diré solamente que es una sociedad que está domiciliada a unos cuantos centenares de millas de aquí, en Houston, y que yo soy el único accionista. Tus tierras pasarán a poder de la compañía, y ése es el nombre que figurará en el Registro de Propiedades.

—Ya le comprendo —dijo Henry—. Usted es un tipo invisible.

El jefe de Roury rompió a reír otra vez.

—Sí, Power. Tú lo acabas de decir. Soy un hombre invisible. No me negarás que para lograr la transformación se ha de ser muy listo.

—¿Qué pasaría si me negase a venderle?

El hombre de la cabeza vendada movió lentamente la diestra para apoyarla en la culata del revólver.

—Habría llegado tu fin, Power.

Henry se decía a sí mismo que de pronto había surgido dentro de él un coraje insospechado. Allí estaba dialogando con aquel tipejo, siendo así que horas antes habría convenido la venta de sus tierras sin pestañear. Comprendió de golpe por qué lo hacía. Mantenía la esperanza de que Red Lamson volviese a la cabaña de Geo Stamp, y al no encontrarle, emprendiese su búsqueda. Pero en aquel momento, el farsante de la compañía minera dijo:

—No piense en su amigo Lamson, señor Power.

—¿Por qué?

—Ya está muerto.

—Miente.

—Hace tan sólo un rato, Red Lamson pasó a mejor vida. Fue liquidado en las calles de First City por un pistolero famoso, Douglas Dandridge el Mago.

—¿Cómo está tan seguro?

—Dandridge nunca falla un trabajo de encargo.

Power sintió que se le hacía un vacío en el estómago.

Transcurrió un silencio. Luego, el tipo de las vendas sacó unos papeles del bolsillo.

—Trae el tintero y pluma, Roury —ordenó.

Roury fue hacia el fondo de la cueva donde estaba la intendencia de la banda y regresó con lo que su jefe le había pedido.

Power se pasó una mano por la cara y de pronto dijo:

—No hemos hablado del precio.

—Oh, sí, el precio —sonrió el hombre que tenía enfrente—. Recibirá dos mil dólares.

—Es muy poco dinero.

—Son muy buenos, si además conserva la vida.

—¿Cómo sé que no me va a matar después de haber firmado?

El hombre encogió los hombros.

—Usted tendrá que correr ese riesgo, Power.

—No me fío de usted.

—Déjese de historias y firme.

Henry pensó en que Red Lamson había muerto. Infiernos, aquel muchacho se había sacrificado por él. De buena gana se hubiese liado a tiros con aquellos tipos si hubiese tenido a su alcance un revólver, pero estaba desarmado. Muy bien. Tendría que arriesgarse. Firmaría el documento, pero juró que no terminarían allí las cosas. Si le dejaban salir con vida de aquella cueva, él se ocuparía de saber quién era el tipo que había detrás de la Compañía de Mineral de La Hondonada.

Aceptó la pluma llena ya de tinta que Roury le alargaba y firmó el documento.

El hombre del vendaje cogió el papel y después de mirar la firma se echó a reír.

—Asunto concluido. ¿Ves, Roury? Todo salió de primera.

Henry dijo:

—Bien, deme ahora los dos mil dólares. Tengo prisa por largarme.

Los ojos del hombre listo le miraron.

—¿Qué dos mil dólares?

—¡Sucio canalla…! —Henry Power se puso en pie para abalanzarse sobre su interlocutor.

Pero Roury le descargó un puñetazo en el pómulo lanzándole al suelo. Henry estuvo a punto de perder otra vez el sentido y, mientras sacudía la cabeza para serenarse, oyó la voz del jefe de la banda.

—Bien, Roury. Ya sabes lo que tienes que hacer con él. Llevarlo al río y ahogarlo. La gente de First City se alegrará mucho cuando encuentren el cadáver. Dirán que el río les ha vengado. El padre del muchacho envenenó las aguas y ahora esas propias aguas han acabado con el hijo… Demonios, servirá para que el director de El Centinela componga un buen artículo.

—¿Qué hay de lo nuestro, jefe?

—Os daré la otra mitad esta noche. Esperadme aquí y os traeré la bolsa.

—Corriente.

Seguidamente, el jefe salió de la gruta y poco después pudieron oír su cabalgada.

Roury Templay desenfundó el revólver apuntando a Power, que había logrado ya levantarse.

—Vamos al río, chicos.

Los tres verdugos abandonaron la gruta con su prisionero. Montaron en los caballos que habían escondido tras unos arbustos y bajaron por la ladera de la montaña hasta el río.

Power miraba por el rabillo del ojo a un lado y a otro, pero ahora cada uno de los forajidos tenía el revólver en la mano y le vigilaban estrechamente. No, no había escapatoria para él.

—Listos —dijo Roury, tirando de las bridas—. Ya hemos llegado. Abajo, muchachos, y tú el primero, Power.

Henry puso pie en tierra y justo en ese momento se arrojó sobre el pistolero que tenía más cerca. Logró conectarle el puño en el estómago y el fulano se dobló en dos, dejando caer el revólver al suelo.

Henry se arrojó sobre el arma. Ya sus dedos se habían aferrado a la culata cuando de pronto le pegaron un patadón en los riñones enviándole dando vueltas contra una roca. Pero él seguía en posesión del arma y se revolvió para disparar.

En ese momento oyó un estampido y tuvo que dejar el revólver sintiendo un agudo dolor entre los dedos. Roury Templay sonreía con el humeante «Colt» en la mano.

—¿Querías escapar, pajarito? No debiste hacer eso. Ya ves lo que has conseguido, una bala.

El forajido que había sido golpeado en el estómago se puso en pie soltando maldiciones.

—Yo me ocuparé de él, Roury.

Se adelantó rápidamente hacia Power, que seguía en el suelo, y le golpeó entre los dos ojos.

Power cayó hacia atrás.

A partir de entonces, las cosas sucedieron muy aprisa. El tercer pistolero cogió la soga de su montura y trabó los tobillos de Power atando el otro extremo de la cuerda a su arzón.

Roury soltó una carcajada.

—Anda, Fawcer, dale una carrera por la orilla, que empiece a tragar un poco de agua.

Power, ya recuperado, tomó impulso para intentar deshacer el nudo, pero el pistolero, que había montado en la silla, espoleó su cabalgadura.

Power fue arrastrado hacia la corriente por donde ya el jinete galopaba.

Sintió cómo las aristas de los guijarros se le clavaban en la espalda.

El aire fue cortado por las carcajadas de Roury y el otro forajido.

Fawcer dio la vuelta y regresó con su víctima. Detuvo su montura muy cerca de sus dos compañeros y los tres observaron con atención a Power, el cual, empapado de la cabeza a los pies, ya había empezado a tragar agua.

Una voz llegó desde un lugar situado a unas seis yardas.

—¿Me permiten que intervenga en la diversión, compañeros?

CAPÍTULO IX

Roury Templay y sus dos secuaces se revolvieron llevando las manos a la funda, pero ninguno de ellos pudo sacar el revólver al identificar al hombre que estaba allí sentado en una piedra, fumando un cigarrillo, sin exhibir ningún arma.

—¡Lamson! —exclamó Roury sin poder contenerse—. ¡Red Lamson!

Fawcer entrecerró los ojos.

—No es posible. Dandridge dio cuenta de él.

Red dio una chupada al cigarrillo y mientras arrojaba el humo dijo:

—Seguro que soy un fantasma.

Roury hizo rechinar los dientes.

—¿Nos va a decir que se cargó también a Dandridge?

—Al Mago le falló su truco.

Roury dejó correr unos segundos y luego habló por la comisura de la boca.

—Bien, chicos; ésta es nuestra gran oportunidad. Nosotros seremos quienes le enviemos a la fosa… ¡Ahora, muchachos!

Empezaron a tirar de los revólveres, pero Red había saltado ya de la piedra y, después de caer en cuclillas en el polvo, su mano derecha empezó a despedir largas llamaradas. Ése fue el efecto que produjo a los ojos de los tres pistoleros. Pero los tres se dieron cuenta a un tiempo de que no era posible que de un dedo saliese fuego.

Un plomo picoteó en la cara del rubio, otro en el estómago de Fawcer y el último en el pecho del tercer forajido.

Los tres bajaron las manos armadas sintiendo que se morían, pero un segundo antes de que expirasen pudieron ver claramente la

diestra de Lamson empuñando un revólver.

Los tres se derrumbaron en la orilla del río y quedaron inmóviles.

Henry se había quedado sentado y miraba con ojos agrandados la escena.

—¡Red, muchacho!

Lamson caminó con una sonrisa en los labios.

—Celebro haber llegado a tiempo.

Se agachó sobre él y sacando un cuchillo de monte cortó las ligaduras. Le observó la mano herida.

—Fue el estampido que yo oí.

—Menos mal que sólo me rozó los dedos.

—¿Y esa espalda? También tienes la camisa manchada de sangre.

—No me siento ningún hueso roto y eso es lo importante.

De repente, surgió una voz desde el mismo lugar en que Lamson había aparecido.

—¡Arriba las manos! ¡Al que no obedezca le aso!

Los dos amigos volvieron la cabeza y se echaron a reír al ver sobre la piedra a Geo Stamp que esgrimía un pistolón de los tiempos de Kitt Carson.

—Tranquilícese, abuelo —dijo Red—. Ya terminó todo.

Geo observó los cuerpos inmóviles de los forajidos y escupió un salivazo.

—Ha sido mejor para ellos que no se hayan tenido que enfrentar con «Guadalupe» —acarició el largo cañón de su arma como si realmente se tratase de una mujer.

Lamson miró a Power.

—Bueno, Henry, cuéntame lo que pasó.

Power hizo un relato de todo lo que había sucedido en la cueva y cuando hubo terminado, se produjo un silencio que rompió el viejo.

—¡Demonios, muchacho! No lo acabo de comprender… En First City nunca se oyó hablar de esa compañía minera.

—Seguro que es una sociedad de pega —dijo Lamson.

Henry sacudió la cabeza.

—Pero lo cierto es que la venta será considerada como legal.

—Bueno, chico —dijo Lamson—. Teniendo en cuenta todo lo

sucedido, cada vez siento más interés por conocer esas famosas tierras que pertenecieron a tu padre. ¿Quieres mostrármelas de una vez? Te curaremos y me las enseñarás. Me da en la nariz que es allí donde encontraremos la solución al misterio.

Lamson y Power cabalgaban por una empinada ladera. Hasta entonces habían hecho una carrera a través de seis millas de tierra y polvo. Al llegar a lo alto de la colina vieron abajo, cerca del río, una vieja cabaña.

El sol ya estaba descendiendo y las aguas del First brillaban como si fuesen de plata.

Lamson dio un suspiro.

—De modo que ésta es tu propiedad.

—Sí, Red.

—¿Y qué es lo que pretendió tu padre al establecerse aquí?

—Nunca me lo dijo, pero yo he supuesto que quizá pensó que encauzando el agua adecuadamente, este desierto se podría convertir en tierra de regadío.

—Me parece mucho trabajo. ¿Te das cuenta de que el río corre muy bajo?

—Sí, eso es lo que me parece a mí —Henry se rascó el cogote—. No acierto a comprender por qué ese individuo de la cabeza vendada se ha preocupado tanto por adueñarse de estos acres improductivos.

—Todo en este mundo tiene su respuesta.

—¿Has encontrado tú la adecuada?

—No, todavía no. Pero está claro que es aquí donde la encontraremos.

—Quisiera ser tan optimista como tú.

—Bien, vayamos a esa cabaña.

Se descolgaron por la ladera y poco después llegaban ante la casa. Saltaron de las sillas y dejaron los caballos sueltos. Subieron al porche y de pronto una de las carcomidas maderas cedió, y Henry estuvo a punto de irse por el agujero, pero logró evitar el peligro.

Lamson se acercó con precauciones a la puerta y tras forcejear unos segundos con el tirador, dijo:

—La cerradura está oxidada.

Pegó un patadón en la hoja y ésta se abrió de golpe. La luz llegó hasta el fondo de la estancia. Por doquier vieron telarañas y polvo.

Henry se quitó el sombrero, abanicándose con él.

—¿Sabes lo que estoy pensando? El tipo de la cabeza vendada está loco como una cabra. Seguro que es eso.

Lamson paseó la mirada por la ribera del río. Allá arriba, hacia la derecha del camino que ellos habían seguido, se veían no menos de una docena de cuevas.

—¿Qué hay allá?

—Recuerdo que cuando era niño me gustaba subir por allá arriba y meterme en todas esas cuevas. Según me contaba mi padre, esos agujeros tienen muchos siglos. Fueron hechos por el agua del río en las épocas de crecida, pero entonces el First debió ser mucho más importante que ahora.

—Quizá nos convenga echar un vistazo.

—¿Qué es lo que piensas, Red?

—Ya te lo diré dentro de un rato.

Entraron en la primera cueva, que tenía unos ocho metros de profundidad. Sólo encontraron la roca viva y una docena de murciélagos que al oír los pasos despertaron de su sueño y se pusieron a volar en todas direcciones.

Algo parecido ocurrió en la segunda gruta que visitaron.

Se disponían a entrar en la tercera cuando Lamson se detuvo notando unas huellas.

—Por aquí ha pasado un carro.

—Algún viajero que se encontró ante una tormenta y vino a refugiarse en una de las cuevas.

—La tierra está muy seca. Apuesto a que no ha llovido en mucho tiempo y la huella es reciente. Veamos de dónde parte.

Pasaron por delante de tres agujeros y, finalmente, Lamson se detuvo otra vez.

—El carro estuvo detenido aquí algún tiempo —dijo—. Las huellas son más profundas.

Enfrente había una cueva cuya entrada era mucho más pequeña que la de las anteriores.

Lamson se introdujo en el agujero seguido de Henry.

Después de avanzar unas cinco yardas se detuvieron al ver que una de las paredes se había desmoronado.

Lamson dijo:

—Necesitamos una antorcha para ver esto.

Henry se marchó y al cabo de un rato llegó con unas ramas de arbustos a las que había pegado fuego.

Lamson ya se había encaramado por entre las piedras.

—Alumbra hacia este lado, Henry.

Power así lo hizo.

Red cogió unos pedruscos y los observó atentamente.

—Me parece que lo empiezo a comprender.

—¿Qué pasa, Red?

Lamson alzó la piedra que tenía en la mano.

—¿Sabes lo que es esto?

—No.

—Cuarzo.

—Bueno, es como una piedra cualquiera, ¿o es que me vas a decir que el hombre de las vendas las quiere para venderlas como pisapapeles?

—Es cuarzo aurífero, Power.

—¿Cómo?

—Si te pones a buscar aquí, indudablemente no encontrarás una sola pepita de oro, pero si este mineral es tratado convenientemente, ya puedes estar seguro que dará un alto porcentaje de metal precioso.

—Diablos, ¿estás seguro?

—Tengo algunos conocimientos de minería. —Lamson se rascó la mejilla con la mano libre mientras agregaba pensativo—: Está todo claro como el agua. El tipo que nos quiso despachar lleva explotando esto algún tiempo. Naturalmente, lo hace a escondidas. Se llega aquí con su carromato, lo carga de cuarzo y lo conduce a algún punto lejano de First City. El mismo tratará el mineral o lo venderá, pero siempre sacará un buen beneficio.

Henry soltó un gemido.

—En el mejor de los casos, he vendido mi tierra.

—Apuesto a que el fulano no hace caso de esa escritura, porque se traicionaría… ¿Te das cuenta, Henry? Él nos necesitaba muertos para hacer valer su derecho, pero nuestro enemigo no tendrá valor suficiente para registrar esta propiedad a favor de su compañía minera mientras nosotros estemos vivos.

—Lo cual quiere decir que seguirá intentando liquidarnos.

—Sí, muchacho.

—Le ha fallado muchas veces, pero nos seguirá enviando pistoleros y más pronto o más tarde se saldrá con la suya.

Lamson sacudió la cabeza.

—Sólo existe una solución, Henry.

—¿Cuál?

—Que nosotros descubramos su identidad antes de que las balas de sus verdugos acaben con nosotros.

—Sí, eso está muy bien, pero ¿cómo vamos a saber quién es?

Red permaneció un rato sin decir nada, y, finalmente, respondió:

—No sé cómo lo podemos lograr, pero lo intentaremos por todos los medios. Nos va la vida en ello.

CAPÍTULO X

Emest Sullivan, el dentista de First City, abrió la puerta de su casa y al instante el corazón se le llenó de gozo al ver ante sí a Miriam Berret.

—Ésta sí que es una sorpresa, Miriam. No me irás a decir que vienes a mi consulta. Sé que eres la mujer de First City con la más maravillosa dentadura.

—Gracias, señor Sullivan, pero lo cierto es que he empezado a sentir ciertas molestias aquí —la joven se tocó la mejilla con la yema del dedo.

—Adelante, muchacha, y veamos qué es eso.

Miriam se recogió el vestido para sentarse en el sillón.

Sullivan examinó el lugar donde la joven decía que le dolía y luego se echó a reír.

—Tengo que darte una buena noticia, muchacha.

—¿Sí? —dijo ella, con las cejas enarcadas.

—Te está saliendo la muela del juicio.

Miriam rompió a reír.

—Supongo que eso quiere decir que a partir de ahora voy a poseer más sentido común.

Sullivan sintió hervir la sangre en sus venas. Demonios, aquella mujer lo poseía todo. Era sencillamente deseable. Daría cualquier cosa por convertirla en su mujer. Mas, por otra parte, él nunca había dicho a Miriam la clase de sentimientos que albergaba respecto a ella. ¿Por qué no aprovechaba aquel momento en que Miriam se sentía tan optimista?

—Pierde cuidado, Miriam. Tal como va la cosa, la muela te saldrá sin ninguna complicación. Sentirás las naturales molestias durante algún tiempo, pero yo te daré unos polvos que tomarás

cuatro veces por día, dos por la mañana y otras dos por la tarde, y ya verás cómo todo marcha bien.

—Gracias, señor Sullivan.

—¿Por qué has de llamarme siempre señor? Me haces viejo. Sólo tengo cuarenta y cinco años. Además, debes recordar que te conozco desde que naciste.

—Sí, señor Sullivan. Quiero decir, sí, Sullivan.

—Emest.

—Sí, Ernest.

—Así está mejor —sonrió el dentista.

La joven fue a levantarse del sillón, pero él la retuvo de un brazo.

—Espera, he de dar unos pequeños toques a esa muela del juicio.

Invirtió un par de minutos en aplicar el desinfectante y esa proximidad que había entre ambos hizo que Sullivan empezase a sentir un agradable cosquilleo. Se dijo que en cuanto ella cerrase la boca, él la besaría. Nunca habían estado tan cerca. Era su oportunidad.

—Esto ha quedado listo —dijo.

Miriam cerró la boca y él fue a abalanzarse sobre ella, pero justo en ese momento se abrió la puerta y Sullivan cerró los ojos al oír la voz de Geo Stamp:

—¡Señor Sullivan…! ¡Mi muela…! ¡Estoy rabiando!

El dentista abrió los párpados, dirigiendo una mirada cargada de odio al viejo auriga.

Miriam saltó del sillón.

—¿Qué te pasa, Geo?

—Estoy viendo las estrellas y son las diez de la mañana, ¿qué te parece, muchacha?

Sin esperar una orden de Sullivan, se dejó caer en el sillón.

—Enseguida estoy contigo, Geo —dijo Sullivan.

—Oh, no hace falta que me acompañe hasta la puerta de la calle —repuso Miriam—. Conozco el camino… ¿Qué le debo, señor Sullivan, quiero decir Ernest?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Usted debe cobrarme.

—No tuvo importancia, pequeña, pero si te empeñas en que

cobre —aquí hizo una pausa mirando de arriba abajo a la joven— ya habrá tiempo para ello.

—Como quiera, Ernest —dijo la joven, y salió del gabinete.

Caminaba por la acera de tablones cuando vio venir en dirección contraria a Red Lamson. No supo a qué atribuirlo, pero de pronto sintió que la sangre le subía a las mejillas.

—Buenos días, señorita Berret —dijo Lamson, tocándose el ala del sombrero.

La joven le miró a los ojos.

—Yo me han dicho que ayer por la tarde estuvo haciendo ejercicios de tiro en el río y que durante su transcurso despachó a tres hombres.

—Eran tres forajidos que se empeñaron en dar muerte a mi amigo Henry Power.

—¿Es que usted no está tranquilo si no termina el día sin liquidar a alguien?

—Le repito que no es culpa mía, señora Berret —Lamson se cogió la barbilla—. ¿Sabe una cosa, Miriam?

—¿El qué?

—Esos colores en la cara le sientan muy bien.

La joven se ruborizó más aún.

—¿Cómo se atreve, señor… señor Lamson?

—Imagino que en este pueblo no estará prohibido que un hombre requiebre a una mujer.

—No, no lo está, pero quizá a una mujer no le gusten los requiebros de ciertos hombres.

—Ya he observado que cuento con todas sus simpatías.

—Empiece a comportarse como una persona para juzgar a los demás.

—Yo le entiendo. Usted quiere que me quede quieto cuando alguien me señale con la pistola.

—No, señor Lamson. No he querido decir eso, pero si usted se trajo a First City algún jaleo pendiente, hizo mal en quedarse.

—¿Y si le dijese que todo se ha armado aquí, en First City?

—Soy muy escéptica a ese respecto, señor Lamson. Y ahora, si lo permite, quiero continuar mi camino. Buenos días.

El joven se apartó a un lado para dejarle paso y tocóse otra vez el ala del sombrero.

—Buenos días, señorita Berret.

La siguió con la mirada mientras ella se alejaba muy tiesa. De pronto oyó a sus espaldas un carraspeo.

—¿De conquista, Lamson?

Red se volvió observando al *sheriff* que estaba apoyado en la fachada de la casa más próxima.

—Sólo estrecho relaciones, autoridad.

—Entonces, será mejor que apunte hacia otra parte —repuso Víctor Cook, señalando con la cabeza a la joven que se alejaba.

—¿Es fruto prohibido, *sheriff*?

Cook convirtió los ojos en rendijas.

—Para ser exactos, Miriam Berret es la chica más bonita de todo el condado y a la gente sólo le faltaría saber que usted ha puesto los ojos en ella.

—¿Se amotinarían otra vez y querrían colgarme?

—Es posible, pero dejemos eso, Lamson. Justamente deseaba verle.

—¿Para qué, *sheriff*?

—Encontramos tres cadáveres al lado del río y todo el mundo ha supuesto que usted tuvo que ver con el negocio.

Lamson no contestó a eso nada y el *sheriff* apremió:

—¿Qué responde, Lamson?

—No sé de qué me habla, autoridad —Red largó un bostezo cubriéndose la boca con la mano—. Me acosté muy temprano anoche.

Durante algunos instantes, los dos hombres se observaron en silencio y por último el representante de la ley dijo:

—Hizo mal en venir a ayudar a Henry Power.

—¿Por qué, *sheriff*?

—Es el hijo de un envenenador de aguas, de alguien que provocó una catástrofe en First City. ¿Le basta?

Red se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—¿Sabe una cosa, autoridad? Voy a investigar ese caso.

—No sé a qué se refiere.

—Al envenenamiento de aguas.

—Ocurrió hace quince años.

—Según mis noticias, hubo dos hombres que confesaron haber visto al padre de Henry Power coger unos sacos de cianuro y luego

resultó que las aguas fueron contaminadas con esa clase de producto.

—Le informaron bien.

—¿Quiénes eran esos dos tipos?

—Uno de ellos ya está muerto.

—¿Y el otro?

—Es el viejo Jock Mengo —el *sheriff* hizo una pausa—. Tampoco lo podrá encontrar aquí. Se marchó de Firts City hace un par de años.

—¿No sabe dónde fue?

—No.

—Es una lástima, ¿verdad, *sheriff*? Pero al parecer se sale usted con la suya.

—Oiga, Lamson, no tergiverse mis palabras. Me parece extraño que usted pretenda investigar algo que ocurrió hace mucho tiempo, pero si quiere desempolvar aquel asunto por mí puede empezar ahora.

—Gracias por su amabilidad.

—Por si le sirve de algo le diré otra cosa. Yo no era representante de la ley por aquel tiempo.

—¿Quién era, *sheriff*?

—Younger Morgan… También murió.

—¿De viejo quizá?

—No. Tres o cuatro años después de aquel suceso, apareció cosido a balazos en un callejón.

Red sonrió.

—¿Sabe una cosa, *sheriff*? Cuantas más cosas sé de First City más excitante me parece su pueblo… Hasta la vista, *sheriff*.

Red echó a andar y poco después penetraba en la oficina del juez. Bendix. Dio su nombre a un empleado y al cabo de unos minutos era introducido en el despacho del juez.

—¿Qué desea, señor Lamson? —preguntó Bendix.

—Venía a recoger los documentos de propiedad de mi amigo Henry Power.

—Oh, sí —el juez guardó un silencio—. Pero me temo que no se los podré dar.

—¿Por qué? ¿Acaso requiere la presencia del propio Henry?

—Aunque él viniese, sería lo mismo. Se trata de un problema

que acaba de surgir.

—¿Qué problema, juez?

—Se ha presentado un escrito de oposición solicitando la nulidad de las escrituras a favor de su amigo Power.

—Vaya, juez, eso es algo estupendo. ¿Y quién firma ese escrito de oposición?

—Lo ha presentado la Compañía del Mineral de La Hondonada y va amparado por la firma de Joe D. Wade, de Houston (Texas).

—¿Quién es ese Joe D. Wade?

—No lo conozco.

—Es curioso que una carta tarde en llegar de Houston a First City veinticuatro horas.

—¿Quién le ha dicho que llegó de Houston? Sólo el firmante es de aquella ciudad. La carta la recogí yo mismo en el buzón de mi casa esta mañana.

—¿Va a dar crédito al contenido de esa carta?

—Es que la carta no viene sola, sino acompañada por una escritura de venta. Según se desprende de ese documento, Henry Power, libre y espontáneamente, vendió sus tierras a la Compañía de Mineral de La Hondonada.

Lamson fijó la mirada en una piedra que había sobre unos cuantos documentos, en la mesa del juez. Se adelantó un paso y la cogió. Era un trozo de cuarzo y al instante estuvo seguro de que había salido de la cueva donde una mano desconocida estaba extrayendo el mineral.

Alzó los ojos mientras sopesaba el cuarzo en su mano.

—De modo que usted va a admitir ese escrito de oposición.

—Es mi deber, señor Lamson.

—No estoy muy fuerte en términos legales. ¿Significa eso para Power la pérdida de su propiedad?

—Es casi seguro. Durante un plazo de diez días el señor Power podrá hacer sus objeciones a esa escritura.

—¿Qué objeciones?

—Power puede alegar, por ejemplo, que la firma es falsa.

—No, la firma no es falsa, pero no la trazó libre y espontáneamente como dice el documento, sino que fue obligado a escribir su nombre encañonado por un revólver.

—En tal caso, eso es lo que tiene que probar.

—Me imagino que será necesaria la aportación de testigos.

—Exactamente.

—Muy bien, juez. Yo seré testigo a favor de Henry Power.

—¿Usted y quién más?

—Yo solo.

El juez movió la cabeza sonriendo.

—Es usted un gran bromista, señor Lamson.

—No me chanceo, señor Juez. Estoy hablando completamente en serio.

—Entonces, yo también le contestaré en serio —Bendix se mordió el labio inferior—. Me temo que su testimonio no servirá para mucho.

—Que es tanto como decir para nada.

—Comprenda la situación, señor Lamson. Usted es un forastero aquí, alguien que ha resultado demasiado rápido con el revólver. Nadie le puede conceder crédito y menos un juez.

—Entiendo —el joven alzó el cuarzo que tenía en la mano—. ¿Pertenece a alguna de sus propiedades, juez?

—No.

—¿Un regalo?

—Tampoco. Lo encontré un día paseando.

Permanecieron un rato mirándose a los ojos y, finalmente, Lamson dejó la piedra sobre los papeles y se encaminó hacia la calle.

CAPÍTULO XI

Henry Power escuchó a su amigo Lamson y luego dijo:

—Está todo perdido, Red.

—Todavía no.

—¿Qué se te ocurre?

Red sacó su revólver.

—Nos queda esto… Es un buen recurso para cuando la ley falla. Nosotros nos encontramos en ese caso. Tú fuiste coaccionado para estampar la firma en la escritura y no consentiremos que se legalice el robo.

—Supongamos que doy mi aprobación. ¿Es que no te das cuenta, Red? No sabemos contra quién disparar.

Red devolvió el «Colt» a la funda, diciendo:

—Quizá lo sepas dentro de algún tiempo. Me pondré en viaje ahora mismo.

—¿Adónde vas?

—A Houston, naturalmente. En cuanto sepa quién es el dueño de la Compañía Mineral de La Hondonada, sabré contra quién tirar al blanco.

—Yo iré contigo.

—A los caballos, chico. No perdamos más tiempo.

Se dirigieron al pueblo, ya que tenían que cruzar por sus calles para seguir camino hacia Houston.

Cuando llegaban a la altura de la estación de postas, vieron en el pescante de la diligencia a Geo, quien también se disponía a emprender viaje. Los dos jóvenes se le acercaron.

—Eh, Geo, ¿adónde vas? —inquirió Red.

—Me cambiaron el itinerario esta semana y dentro de un momento parto para Houston.

—Nosotros también vamos allí —dijo Power, y de pronto se mordió el labio inferior al sentir sobre sí la mirada de reconvención que le dirigía Lamson.

Lamson observó que en la acera se habían reunido un numeroso grupo de personas para despedir a algún viajero. Allá estaba el *sheriff*, el juez Bendix y Ernest Sullivan junto con otra media docena de hombres.

Pero al instante comprendió que no se trataba de ningún político. La que iba a salir del pueblo era la mismísima Miriam Berret, la cual empezó a estrechar las manos que le tendían y a contestar con una sonrisa a los buenos deseos de sus conciudadanos.

Lamson acercó su cabalgadura al pescante.

—Eh, Geo.

—¿Qué, Red?

—¿También va la señorita Berret a Houston?

—Sí.

—¿Sabes a qué?

—Quiere decorar de nuevo su hotel y va allá para informarse de la última moda.

—Muy bien, Geo. Creo que os vamos a tomar un poco de delantera.

—Eso es lo que tú crees, muchacho. Llevo unos buenos potros y en esta línea siempre hay estupendos relevos. Os apuesto un vaso de *whisky* a que llego antes que vosotros.

Miriam Berret volvió la cabeza y cuando sus ojos se encontraron con los de Lamson, dejó de sonreír.

El joven le hizo un saludo al que ella no correspondió porque, apartó rápidamente la mirada.

—¡Arriba, señorita Berret! —dijo Geo—. ¡Iniciamos el viaje!

La joven entró en la diligencia y uno de los hombres que estaba fuera cerró la portezuela.

Geo ya tenía las bridas del tronco en sus manos y su ayudante terminó de sujetar los equipajes.

—¡Arre, muchachos…! —gritó el viejo Stamp—. ¡A Houston!

Hizo chasquear el látigo y los caballos se lanzaron hacia delante entre chirridos de los ejes.

Lamson hizo una señal a Henry y corrieron tras la diligencia.

Antes de llegar a la curva de la calle ya la habían pasado, y Geo

gritó con una carcajada:

—¡Corred todo lo que queráis! Luego seré yo quien os pase…

Lamson y Power se encontraban sentados a una mesa en la estación de postas, dando cuenta de su almuerzo, huevos fritos con tocino.

Alzaron la cabeza al oír llegar la diligencia. Poco después la puerta se abrió y entraron los pasajeros.

La hermosa Miriam se detuvo un instante en el umbral, y al descubrir a Lamson, se movió hacia el lado contrario tomando posesión de una mesa donde no había nadie.

Henry rió.

—Se ve que la chica está enfadada con nosotros. Quizá teme que le estropeemos su hotel cuando lo haya decorado nuevamente.

Geo entró riendo alborozadamente un chiste, pero de pronto se quedó pasmado al ver a los dos jóvenes.

—¡Que me emplumen! Creí que os había adelantado seis millas.

Lamson sonrió.

—Perderás tu vaso de *whisky*, abuelo, y nosotros seremos quienes lo bebamos.

De pronto llegó una voz procedente de la izquierda.

—Usted no beberá nada, Lamson.

Red se volvió lentamente observando al tipo que a él se dirigía. Era un fulano alto, que se cubría con traje oscuro. Su rostro era abotargado, de ojos saltones y nariz un poco torcida.

—¿Nos hemos visto en alguna parte? —preguntó Lamson.

—Seguro que sí.

—No lo recuerdo.

—En amarillo, Nuevo México.

—No he estado en Amarillo desde hace seis años.

—Fue entonces cuando usted me pegó aquel timo.

—¿A qué timo se refiere?

—Me vendió un asno haciéndolo pasar por un caballo. Sí, señor, se me llevó todos los ahorros, treinta y seis dólares con noventa y cinco centavos.

—¿Sabe lo que le digo? —Lamson sacudió la cabeza—. Usted lo ha soñado. Nunca vendí asnos, potros ni nada que se le parezca, aunque debo confesar que me encuentro con cuadrúpedos con bastante frecuencia.

Geo lanzó una risotada cogiéndose los riñones, pero al instante se interrumpió al ver la mirada que Nariz Torcida le dirigía, una mirada fría y cortante como un cuchillo. Luego el tipo observó otra vez a Lamson.

—No consiento que nadie se ría de mí.

—Entonces, debió arreglarse la nariz.

Geo volvió a reír otra vez estruendosamente.

—¡Maldito seas, viejo! —exclamó el desconocido—. ¡Te voy a llenar de plomo!

Lamson habló rápidamente.

—Si quiere tirar contra alguien, pruebe a hacerlo contra mí.

El tipo observó en silencio al joven y luego dijo esbozando una sonrisa:

—De modo que cree poder conmigo.

—No he dicho eso. Sólo que si quiere ejercitarse en el pim-pam-pum salga fuera y yo le acompañaré.

—Acepto gustoso su oferta, compadre.

Red se puso en pie.

Todas las personas que se hallaban bajo aquel techo habían contenido la respiración y una de las más interesadas en aquel diálogo era Miriam Berret.

El primero en dirigirse hacia la puerta fue el desconocido.

Cuando Red iba a cruzar por frente a la mesa de Miriam, ésta se levantó.

—¡Señor Lamson!

Red dio media vuelta acercándose a la joven.

—Diga, Miriam.

—Tenga cuidado.

—Me refiero a que antes de entrar en la estación vi algo extraño.

—¿Qué es lo que vio?

—Ese hombre estaba hablando con otros dos junto a las caballerizas, a la izquierda de la casa.

—¡Eh, míster! —llamó de pronto Nariz Torcida, que se había detenido junto a la puerta—. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué no viene?

—Estaba saludando a una amiga.

Red siguió su camino y poco después salía tras del desconocido. Una vez fuera, Lamson se detuvo.

—Liquidemos de una vez el asunto.

—¿Aquí…? Oh, no, amigo, estropearíamos la comida a los viajeros. Vayamos hacia esa parte, estaremos un poco más alejados —el fulano estaba señalando las caballerizas—. ¿Le parece bien, Lamson?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¿Es que no recuerda? Me pegó un timo en Amarillo.

—Deje ya eso, gun-man. No he caído de una nube.

—Vamos, hombre, no me tome miedo, no me los como crudos y después de todo, usted tiene un revólver.

—¿Cuál es su nombre?

—Holmes. Jim Holmes.

—Me gustaría saber quién le pagó este trabajo, Holmes.

—Oiga, tiene muy poca imaginación. Venga conmigo de una vez, y acabemos. Tengo ganas de echarle algo al estómago. Ya siento los ruidos que hace mi úlcera.

Lamson fue tras del tipo, quien se detuvo cerca de la empalizada a un costado de la casa.

Red se inmovilizó a tres yardas de su enemigo.

Al ver por el rabillo del ojo que algo se movía a su izquierda, dejóse caer en el suelo y eso le libró de una muerte cierta, porque sonó un estampido y la bala silbó muy cerca de su sien.

Apretó el gatillo antes de que hubiese tocado con sus huesos el suelo.

El tipo que estaba apostado en la esquina lanzó un grito de muerte y se desplomó hacia atrás.

Jim Holmes flexionó la pierna derecha y desenfundó como una centella, pero mucho antes de que pudiese apuntar a Lamson, éste, desde el suelo, hizo el segundo y tercer disparo.

Los dos plomos fueron para Holmes, el cual los recibió en el estómago.

Tuvo la sensación de que su úlcera crecía de tamaño o de que alguien le estaba removiendo las entrañas con una brasa. Fue tan grande su dolor que cerró los ojos dejando caer el revólver en el suelo.

—¡Bicarbonato! —gritó.

Se vino hacia delante y cogiéndose la tripa se derrumbó.

Red se revolvió buscando a su tercer enemigo.

Oyó el patear de los caballos dentro del recinto y dio una vuelta sobre sí mismo, disponiéndose a tirar.

Una bala lo buscó, pero se contentó con mordisquear la tierra al no encontrar carne en el camino.

Red disparó por entre los barrenes de madera una y otra vez hasta agotar el plomo del cilindro.

Un tipo emergió por entre los caballos, dio unos pasos vacilantes con los ojos muy abiertos y de pronto arrojó una bocanada de sangre y se abatió en el polvo.

Retorcióse como un lagarto, se quedó quieto, pero luego estiró tres veces la pierna derecha antes de volver a quedar inmóvil.

Lamson se puso en pie a tiempo de ver que Henry Power salía de la estación de postas con el revólver en la mano.

—¡Red! —exclamó al ver los cadáveres—. ¡Te tendieron una trampa!

—Me lo advirtió Miriam.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía de dónde iban a llegar los tiros y yo necesito un poco de campo libre para poder evolucionar a mi gusto.

Geo Stamp y Miriam aparecieron en la puerta. El abuelo lanzó un grito sioux mientras golpeaba el puño contra la palma de la otra mano.

El rostro de Miriam estaba mortalmente pálido.

Red se acercó a la joven.

—Gracias por el aviso.

—No sé si procedí bien.

—¿Por qué lo duda después de haberme hecho la advertencia de que se trataba de una celada?

—Me pregunto si después de todo usted no es como ellos, un vulgar forajido.

Hubo un silencio entre los dos jóvenes y luego ella dio media vuelta y desapareció en la estación de postas.

Power se rascó la barbilla con el cañón del «Colt».

—Todo esto demuestra una cosa, Red. El hombre de la cabeza vendada está al corriente de nuestro plan y no quiere que lleguemos a Houston.

Geo Stamp rugió:

—Maldita sea, ¿cómo pueden existir en el mundo tipos de esa calaña?

—Los hay, abuelo —respondió Red.

Algunos hombres, entre ellos el administrador de la posta, estaban curioseando los cadáveres.

Lamson hizo una señal a su amigo.

—Vamos, Henry.

Poco después, los dos amigos reemprendían su viaje hacia Houston.

CAPÍTULO XII

Red Lamson y Henry Power entraron en el edificio que ocupaba la Cámara de Comercio de Houston. Preguntaron a un empleado sobre la ubicación del Registro de Sociedades y poco después se encontraban ante un empleado que defendía sus ojos con gruesos lentes.

Red tenía preparadas dos monedas de a dólar que dejó sobre la mesa.

El fulano echó una mirada a las monedas y después de atraparlas ronroneó como un gato harto de leche.

—Usted dirá.

—Quiero saber quién es el principal accionista de la Compañía del Mineral de La Hondonada.

—¿De dónde es esa compañía mineral?

—Está domiciliada aquí en Houston.

—¿Qué clase de mineral trafica?

—Cuarzo aurífero.

El gafas se acercó a una estantería donde había gruesos tomos y cogió uno de éstos. Con no poco esfuerzo lo dejó sobre la mesa y el libro, al chocar contra la madera, levantó una ola de polvo. El oficinista consultó el índice, dijo un número para sí y se puso a pasar hojas, hasta que finalmente se detuvo.

—Sí, aquí está. Compañía del Mineral de La Hondonada. Cuarzo aurífero. Capital social, diez mil dólares dividido en veinte mil acciones de quinientos dólares. El único detentador de esas acciones es Horace Bendix.

—¡El juez! —exclamó Henry Power.

Los dos amigos intercambiaron una mirada y luego Red se dirigió otra vez al empleado.

—¿Desde cuándo opera esa compañía?

El gafas consultó el libro antes de responder.

—Desde hace quince años.

—¡No es posible! —exclamó Power.

El empleado del Registro de Propiedades levantó la barbilla.

—¿Quiere saber más que nosotros, hijo? Si en este libro dice que fueron quince años, no hay ningún error.

—Gracias, amigo —dijo Red y empujó a Henry hacia la puerta.

Los dos amigos salieron de la Cámara de Comercio y, ya en la calle, Henry se detuvo haciendo entrechocar los dedos.

—¡Santo cielo…! ¿Sabes lo que se me está ocurriendo, Red?

—Sí, creo que sí. Piensas en la posibilidad de que tu padre fuese inocente.

—¡Justamente eso!

—Ya pensé en ello en First City, pero no te quise decir nada, porque temí que te ilusionases demasiado.

—Tengo ganas de enfrentarme con ese canalla de Bendix.

—Yo también, pero creo que las cosas se van a complicar.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cuatro fulanos que no nos quitan ojo de encima. Están a tu derecha, pero no los mires. Empieza a caminar, y haremos como que no los hemos visto. Continuemos hablando como si tal cosa.

Power hizo un gesto afirmativo y reanudaron el paso.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Henry con una sonrisa como si se refiriese a cualquier cosa intrascendente.

—Pistoleros de ventaja. He identificado a uno de ellos. Se llama Roger Glaser. Lo vi trabajar con el revólver hace un par de años en Silver City y no lo hace mal del todo. Es el más peligroso de los cuatro. Y también el más alto. Es cuenta mía. No te preocupes de él. Cuando yo te indique, dispara sin pestañear y tira hacia el fulano que camina a la izquierda de Roger.

—¿Crees que van a disparar sin provocamos?

—Estoy seguro de ello. Roger sabe quién soy yo y no se atrevería nunca a enfrentarse conmigo. Ya te advertí antes que son pistoleros de ventaja.

—¿Y cuándo van a echar mano a los revólveres? —preguntó Henry con voz un poco nerviosa.

—Esperarán a llegar a la primera bocacalle. Ellos piensan que de

esa forma tendrán más espacio para distribuirse si las cosas se les ponen feas.

—La próxima bocacalle está a diez yardas de nosotros.

—Seguro que lo harán así. Ahora guarda silencio y relaja el cuerpo. Cuando lleguemos a la esquina, yo saltaré hacia la derecha. Tú solo tienes que volverte.

Henry emitió un gruñido de asentimiento.

La distancia que los separaba de la esquina fue disminuyendo. Ocho yardas, cinco, cuatro…

Llegaron a la esquina.

Red saltó hacia la derecha tal como había anunciado y Henry se revolvió. Los cuatro hombres de enfrente ya estaban en línea y sus manos tiraban del revólver.

El «Colt» de Lamson hizo un pespunte que se inició en la cabeza del más alto y tuvo como remate el estómago del que estaba en el otro extremo del cuarteto.

Henry metió dos plomos en el pecho del tipo que Red le había cedido.

Dos de los pistoleros dispararon, pero yo estaban heridos de muerte y sus balas pasaron muy lejos de su objetivo picoteando en las fachadas de madera. Luego los fulanos se derrumbaron. Dos quedaron en la acera y los otros dos se abatieron en el polvo de la calle.

Una mujer empezó a correr dando gritos y otra se desmayó.

Un viejo que tomaba el fresco sentado en una mecedora se tragó media pipa, y un tipo que estaba sordo pegó un manotazo a la oreja creyendo que le zumbaba un moscardón, cuando sólo había sido un proyectil.

Alguien que exhibía una estrella pareció brotar de un lado y rápidamente se hizo cargo de la escena. Miró a los dos supervivientes de la masacre y finalmente se decidió a echar un vistazo a los cadáveres.

—¡Que me emplumen…! —gritó—. ¡Roger Glaser y sus tres bastardos! —Alzó los ojos observando con admiración a Red y a Henry—. Oigan, ustedes son unos tíos grandes. ¿Cómo lo han podido hacer?

—¿Es usted el *sheriff*? —inquirió Red.

—No, sólo uno de sus ayudantes, Barry Colman.

—Muy bien, Colman, si quiere hacernos el mejor favor, déjenos marchar.

—Eso no lo puedo hacer. Primero tienen que prestar declaración, pero no han de preocuparse. No les va a ocurrir nada. Ni siquiera tienen que entregarme el revólver.

Poco a poco aumentó el número de curiosos y todos los ciudadanos no hacían más que elogiar la buena acción de aquellos dos forasteros que acababan de librar a Houston de una de sus plagas, la pandilla de Roger Glaser.

Durante las cinco horas siguientes, Red y Power tuvieron que contestar a las preguntas del *sheriff* de la ciudad y de los periodistas que, en nombre de los dos diarios que se editaban en Houston, acudieron a la comisaría en busca de la información de primera mano. Finalmente, los jóvenes pudieron abandonar la comisaría y para ese entonces era ya noche cerrada.

—Eh, muchachos —oyeron la voz de Geo Stamp cuando iban por la acera y el abuelo llegó corriendo ante ellos.

—Perdiste el vaso de *whisky*, abuelo —dijo Henry.

—Os invitaré con gusto. Nosotros llegamos hace más de cuatro horas. Ya me he enterado de lo que hicisteis con los pistoleros. Os habéis convertido en los héroes de la ciudad.

—Bueno, Geo, ahora tenemos que marcharnos —dijo Red—. Ya nos pagarás el *whisky* en First City.

—Eso quiere decir que sabéis lo que queríais.

—Sí, Geo —repuso Power—. El juez Bendix es el hombre con el que nos enfrentamos.

—¡Mi madre!… —exclamó Geo con asombro—. No lo habría acertado en todos los años de mi vida.

Red se masajeó el mentón.

—¿Qué me dice de Miriam Berret?

—Se hospeda en el hotel Moreland. Me dijo que quería realizar el trabajo entre esta tarde y esta noche para regresar a First City mañana mismo.

Henry Power dijo:

—Oye, Red, estamos muy cansados del viaje y no vamos a adelantar nada con llegar unas horas antes a First City. Ahora ya sabemos todo lo que necesitábamos saber, y no es necesario que nos precipitemos. ¿Qué te parece si pasamos la noche en Houston y

mañana iniciamos el regreso a primera hora?

Red sopesó la propuesta durante unos instantes y finalmente la aceptó.

—Está bien, Henry. Creo que me vendrá bien un baño.

Los dos amigos fueron al hotel Moreland y Red, después de tomar el baño, se tendió en la cama fumando un cigarrillo.

Power apareció ante él limpio y con el cabello muy brillante.

—Eh, muchacho, ¿es que te vas a dormir?

—Nos quedamos para descansar.

—Bueno, porque nos divirtamos un par de horas no va a pasar nada.

Geo asomó la cabeza por la puerta.

—Eh, chicos, ¿venís ya? Es el momento de cobrar la apuesta.

Lamson negó con la cabeza.

—Id vosotros.

No valieron los ruegos de Power y del viejo y, finalmente, tuvieron que marcharse dejando a Lamson solo.

Apenas se hubieron ido, Red se alzó en la cama y comenzó a vestirse muy aprisa. Luego bajó al registro y preguntó al encargado por la habitación de la señorita Miriam Berret. Era la 18.

Subió a la segunda planta y se detuvo ante el apartamento de la joven. Alargó la mano poniéndola sobre el tirador y justo en ese instante una voz dijo a su espalda:

—Lo voy a convertir en pulpa, entrometido.

CAPÍTULO XIII

Red se volvió observando al hombre que le había dirigido la palabra. Era un tipo de casi dos metros de talla, fuerte complexión, cabeza poderosa, cabello rubio ensortijado, cara ancha y hocico saliente. Sus brazos y piernas eran largos, musculosos.

—¿Qué le pasa, míster? —dijo.

El rubio abrió la boca.

—Ya le oí abajo preguntar por el apartamento de Miriam.

—¿Es eso algún delito?

—Usted se iba a colar en la habitación sin llamar.

—Es posible. Quería dar a Miriam una sorpresa.

Las orejas del hombretón empezaron a tomarse rojas.

—Yo sé quién es usted. Es ese Lamson de quien ella habló.

—Celebro que Miriam le haya hablado de mí —sonrió Red.

—Yo le dije a ella qué clase de tipo era usted.

—¿Sí?

—Un matón de siete suelas.

Lamson observó que el rubio no mostraba ningún revólver a la vista. Ahora el tipo rió mientras cerraba y abría el puño.

—Le advertí a Miriam que los fulanos como usted me vienen a la medida.

—¿Cuál es su nombre, compañero?

—Don Agerthy.

—Muy bien, Agerthy, sea un buen chico y lárguese.

Agerthy soltó una cavernosa carcajada.

—Ya le empiezan a temblar las piernas, ¿eh?

—Se equivoca, Agerthy. Me encuentro la mar de bien, pero yo llegué primero y ha de guardar su turno.

—Ya me imaginé que habría algo de eso. Usted le arrastra el ala

a la muchacha.

—Me gusta mucho la chica, si es a eso a lo que se refiere.

—A mí también, y yo la conozco mucho tiempo antes que usted.

—¿Cree que eso le concede algún derecho?

Agerthy cerró el puño y lo golpeó contra la palma de la otra mano.

—Desde luego, Lamson. Esa mujer es para mí.

—Habla de Miriam como si le hubiese tocado en una rifa.

—Para usted es como si hubiese ocurrido.

Red movió la cabeza en sentido negativo.

—No se precipite, Agerthy. Yo le propongo una cosa. Dejaremos que sea ella quien elija.

—Muy bien, ella lo va a decidir, pero antes le voy a hacer un repaso en la cara para que usted tenga más probabilidades. Sus pómulos están un poco hundidos y en cuanto le casque un poco se le hincharán y seguro que tiene mejor aspecto.

—Gracias por su buena intención, Agerthy, pero me gustan mis pómulos como están.

—No se va a librar de la paliza por mucho que hable, Lamson, de modo que recíbala cuanto antes y asunto concluido.

Inmediatamente que terminó de hablar, Agerthy se lanzó sobre Red enarbolando el puño como una maza.

El joven se agachó rápidamente y el puño golpeó contra la puerta. La cerradura saltó de cuajo y la hoja se abrió como abatida por un huracán.

Agerthy lanzó un aullido y Red, en la posición que se encontraba, le martilleó en el estómago, pero entonces el joven comprendió que se las tenía que ver con un duro enemigo, porque Agerthy apenas dio muestras de que le hiciese efecto el castigo. Por el contrario, alcanzó con el puño izquierdo a Red en el mentón.

Lamson penetró en la habitación como un cohete.

Miriam Berret ya se había levantado del tocador ante el que se encontraba y ahora lanzó un grito al ver entrar a los dos hombres en la habitación. Ella se cubría con un salto de cama precioso, de un tono azulado, y Red, que la miró mientras se desplomaba, sintió que el corazón le galopaba más aprisa.

Don Agerthy avanzó hacia el centro de la estancia riendo.

—Hola, nena, aquí tienes a tu famoso pistolero. ¿Sabes lo que

voy a hacer con él…? ¡Un tirabuzón!

—¡Oh…! —exclamó Miriam y se llevó las dos manos a la cara.

Red se enderezó tocándose el maxilar inferior. Agerthy caminó hacia él despacio, con los brazos abiertos como un oso.

—¿Te fracturé la quijada, guapo?

—No; todavía no, Agerthy.

—Espera que termine contigo y ya veremos si te queda algún hueso sano.

—¡Oh! —repitió Miriam.

El grandullón se abalanzó otra vez sobre Red, lanzándole los puños al cuerpo, pero ahora Lamson los burló saltando a un lado y a otro.

Agerthy se detuvo.

—Eh, ¿qué le pasa, bailarín? ¿Por qué no se está quieto de una vez?

Ése fue un buen momento que Red aprovechó para machacarle el maxilar inferior. Sonó un chasquido y Agerthy chocó contra la pared. Pareció que el edificio se iba a derrumbar hasta sus cimientos.

El rubio movió la cabeza de un lado a otro perplejo, pero luego volvió a sonreír.

—Me pilló descuidado, Lamson, pero no se vaya. Quiero darle la respuesta.

Ahora atacó como un animal herido.

Red esperó a pie firme y cuando la tromba le llegaba encima, se apartó a un lado con mucha rapidez y alargando el pie, trabó por el tobillo al grandullón y lo empujó hacia arriba.

—Agerthy me quiso prohibir el acceso a esta habitación, trató de apartarme de usted.

Agerthy planeó lanzando un alarido y se estrelló de bruces en el piso por el que se deslizó como si estuviese lleno de aceite. El final de su carrera fue catastrófico, porque su cabeza chocó contra la jamba de la puerta y después de producir un ruido hueco como el de un melón, emitió un ronquido y quedó inmóvil, privado del conocimiento.

Red se pasó el brazo por la cara para limpiarse el sudor y en eso oyó la voz de Miriam.

—¡Es usted un bruto!

Lamson la miró con media sonrisa.
—Yo no empecé esta pelea, Miriam.
—No, usted nunca ha roto un plato.
—Agerthy me quiso prohibir el acceso a esta habitación, trató de apartarme de usted.
—¿Qué es lo que dice? ¿Que usted iba a entrar aquí?
—Sí.
—¿Qué quería de mí?
Red dio dos pasos hacia ella.
—Decirte que te quiero…
—¡No!
—Sí, nena. Ha ocurrido lo irremediable. Me he enamorado de ti.
—Está mintiendo.
—¿Crees que podría mentir en una cosa como ésta? Es la primera vez en mi vida que me declaro en serio a una mujer.
Red la tomó por una mano y ella dio un tirón para recobrar su libertad, pero él ya la había aferrado fuertemente.
—Y tú también me quieres, Miriam.
Ella alzó la cara y Red vio cómo las aletas de la nariz femenina palpitaban.
—¿Yo a usted…? Se ha vuelto loco.
—Me di cuenta cuando recibí el primer golpe de Agerthy. Te preocupaste por mí, lo leí en tus ojos, tenías miedo de que ese rubio grandote me convirtiese realmente en un tirabuzón.
—Es usted un jactancioso, señor Lamson. ¿Y si esa preocupación que usted notó fuese por Agerthy?
—No, Miriam. No era por él. Tú creías que Agerthy me vencería con suma facilidad.
Red le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí.
—Suélteme, señor Lamson.
—Deja que sea tu corazón quien hable ahora.
—¿Qué es lo que está diciendo?
—Hay momentos en la vida de un hombre y una mujer en que las palabras sobran. Nosotros hemos llegado a ese instante.
Miriam fue a replicar, pero él no la dejó porque unió su boca a los labios entreabiertos.
La joven le puso las manos en el pecho y lo apartó.
—¡Es usted un embaucador!

—Y tú la criatura más preciosa del mundo… ¿No te lo decía yo? Tú me quieres, de modo que cuando lleguemos a First City nos casaremos.

—Todavía no me ha demostrado que yo estoy en un error al considerarlo como un vulgar pistolero.

—Te lo probaré en First City —Red fue a besarla otra vez, pero en ese instante el grandullón empezó a volver en sí.

—Oh, Red —exclamó Miriam—. Márchate de aquí.

—¿Y dejarte en poder de este gorila…? Oh, no; si él quiere empezar de nuevo, me tendrá preparado.

Agerthy se puso en pie y, tras sacudir la cabeza durante unos instantes, logró enfocar la imagen del joven.

—Me las va a pagar todas juntas, Lamson.

—Cuando quiera, Agerthy.

Miriam se puso entre los dos hombres.

—¿Es que han olvidado que se encuentran en la habitación de una dama? ¡Salgan inmediatamente de aquí y diriman su cuestión personal en la calle!

—Estoy conforme —dijo Red.

—Vamos fuera —añadió Agerthy.

Primero salió el rubio, y Red, antes de hacerlo, se volvió hacia la joven y le dirigió una sonrisa.

—Adiós, dulzura. Nos volveremos a ver en First City.

Salió al corredor cerrando tras de sí.

El rubio estaba bajando muy aprisa la escalera.

—¡Eh, Agerthy, espérame!

Fue tras él, pero cuando iba a iniciar el descenso de la escalera vio que el rubio cruzaba el vestíbulo como si el diablo fuese tras él. Junto a la puerta tropezó con una señora muy gorda, a la que estuvo a punto de hacer caer, y Agerthy prosiguió su camino sin detenerse a dar explicaciones.

Red esbozó una sonrisa y regresó entonces a su cuarto. Encendió un cigarrillo y volvió a tenderse en la cama.

Invirtió mucho rato en dormirse y cuando al fin lo logró, en su sueño apareció Miriam Berret.

CAPÍTULO XIV

La puerta se abrió de golpe y el juez Bendix alzó los ojos de los papeles que consultaba. Al instante su ceño se frunció al ver al hombre que se introducía en su despacho.

—¿Qué haces aquí, Louis?

Louis Voss era un tipo de unos cuarenta años, rechoncho, de barba crecida y ojos pequeños, porcinos. Su indumentaria estaba llena de sudor y de polvo.

—Vengo de Houston, señor Bendix, y le aseguro que he tenido que invertir mucho dinero en el viaje. Cambié tres veces el caballo y ya sabe que para eso se necesita plata.

—Al grano, Louis. ¿Qué es lo que pasa?

—Todo ha fracasado.

—¿Qué dices?

—Esos fulanos, Red Lamson y Henry Power, siguen vivos.

El juez se puso en pie de un salto.

—¡Maldito seas, Louis! No puede ser. Paso porque Holmes fallase en el camino, pero en Houston estaba Roger Glaser.

—Glaser ya no volverá a disparar a nadie por la espalda. El y sus tres muchachos esperaron a los entrometidos a la salida de la Cámara de Comercio, pero ese forastero debe poseer un sexto sentido que le advierte de las emboscadas. Lo cierto es que, ayudado por Power, liquidó a Glaser y sus muchachos en un abrir y cerrar de ojos.

El juez se puso a pasear pensativo, nervioso, mordiéndose las uñas de la mano derecha.

—Así que —dijo— ahora ellos saben que yo soy el tipo que está detrás de la Compañía del Mineral.

—Sí, señor juez, y lo mejor que puede hacer es largarse.

—¡No! —gritó Bendix, revolviéndose, el rostro demudado por la ira.

—Ese Lamson ha demostrado ser todo un tipo. No se puede con él.

—¡Yo podré! ¿Dónde están ahora?

—Les tomé un poco de delantera. Ayer al mediodía los vi a mis espaldas en una colina.

—¿Cuándo crees que llegarán?

—Dentro de un par de horas estarán aquí y ya puede estar seguro que vendrán a ajustarle las cuentas.

—Quizá sea yo quien se las ajuste a ellos.

—No le comprendo.

—Lo vas a entender enseguida. ¿Qué fue lo que me dio el triunfo hace quince años?

—El envenenamiento de las aguas. Tuvo una gran idea entonces, pero ahora…

—Ahora se repetirá la historia. Es la mar de sencillo, Louis. Volveremos a descargar unos cuantos sacos de cianuro en el río. Morirán algunas personas como entonces, y, naturalmente, unos cuantos miles de reses, ¿y a quién le echarán la culpa?

—Infiernos, jefe. Eso es algo estupendo. La gente no vacilará un segundo en señalar a Henry Power.

—Y también se la cargará Red Lamson, puesto que es el compañero inseparable de Power. El pueblo se amotinará y sin necesidad de ningún juicio ni de que intervenga el *sheriff*, los dos muchachos serán colgados de una encina.

—Oiga, ¿sabe que tiene usted talento?

—Tú te ocuparás del cianuro.

—¿Yo?

—Sólo tienes que ir al almacén de Mac Comby. Tengo una llave falsa que te proporcionará la entrada por la parte de atrás. Te llegas allí con un carruaje, te llevas media docena de sacos y luego sólo tendrás que alejarte unas millas del pueblo río arriba. Lo demás es fácil, ¿verdad, Louis?

El recién llegado se pasó una mano por la cara.

—Soy un tipo al que le gusta la plata como a usted, señor Bendix.

—No te preocupes. Te pagaré bien.

—¿Cuánto?

—Quinientos machacantes.

Louis rompió a reír.

—Eso tiene gracia, juez. Usted está en las últimas y necesita mi ayuda, pero sólo quiere pagarme quinientos dólares.

—Está bien, muchacho. Serán mil.

—No, juez. Esta vez tendrá que lárgame un buen bocado. Por ejemplo, cinco mil.

—¿Te has vuelto loco?

—Usted ha ganado mucho dinero sacando ese mineral de las tierras de Power. Infiernos, se me ocurrió dejarme caer por el Banco Continental de Houston y me informaron de que usted tenía una cuenta corriente de sesenta mil dólares.

—No sabía que fueses tan curioso.

—Quiero la mitad, ¿lo entiende, juez? Y la mitad son treinta mil dólares.

Una ráfaga de ira azotó la cara de Bendix. Su primer impulso fue aproximarse a la mesa para sacar del cajón un revólver con el que liquidar a aquel bastardo. Pero se dijo que ésa no era la medida conveniente para tratar aquel asunto. Necesitaba de los servicios de Louis.

—Está bien, muchacho. Tendrás los treinta mil dólares.

—Fírmeme ahora mismo un cheque.

—¿No será mejor dejarlo para cuando termines tu trabajo?

—Muy bien. Me da un cheque ahora por quince mil y cuando haya envenenado las aguas, vendré aquí y usted me dará los otros quince.

Bendix casi estuvo a punto de reír. El propio Louis le ofrecía la oportunidad de liquidar definitivamente aquel asunto. Cuando regresase por su segunda cuota, después de haber realizado el trabajo en el río, él, Bendix, estaría bien preparado para silenciarlo hasta el fin de los siglos.

—Muy bien, Louis —dijo Bendix—. Estoy conforme.

Firmó el cheque por quince mil dólares que alargó a Louis, el cual lo guardó en una sucia cartela. Luego el juez le entregó la llave que abría la puerta trasera del almacén de Mac Comby.

—Buena suerte, Louis —dijo con una sonrisa—. Y, recuérdalo, aquí te esperaré para largarte lo que te pertenece.

—Corriente, jefe.

Voss salió del despacho. Ya era noche cerrada y se dirigió a la cochera de Samson. Estuvo merodeando un rato por allí hasta que, finalmente, logró hacerse con un carruaje. Luego condujo el vehículo hacia la parte trasera del almacén de Mac Comby.

No vio a nadie por los alrededores, de modo que le fue fácil utilizar la llave falsa para abrir la puerta. Amparado por las sombras sacó media docena de sacos de cianuro y los cargó en el carro. Después de cerrar las puertas subió al pescante y se encaminó río arriba. Llegado a un lugar situado a unas cinco millas de la ciudad, detuvo el vehículo junto a unas piedras, saltó a tierra y cogiendo un saco se lo cargó al hombro encaminándose hacia la orilla. Llegado allí lo puso en el suelo y lo abrió con ayuda de un cuchillo.

—Hola, chico —dijo de pronto una voz tras de él.

Voss se revolvió llevando una mano a la funda, pero al instante quedó quieto al ver el objeto brillante que había en la diestra del hombre que estaba frente a él.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Red Lamson. Y quiero que me explique lo que está haciendo aquí.

Voss sintió súbitamente que sus piernas le temblaban.

—Caramba, ¿por qué he de darle cuenta de mis actos?

—Soy un tipo muy entrometido.

—Bueno, se lo diré, pero no crea que me asusta.

—Adelante.

—He venido a quitarme de encima unos cuantos sacos de cal que encontré en mi tierra. Ya sabe lo que pasa con esa maldita cal, no deja crecer las berenjenas.

—De modo que es usted granjero.

—Sí, señor Lamson —sonrió Voss, pensando que le estaba saliendo bien la representación—. Tengo mi granja a unas doce millas de la ciudad y soy un criador de coliflores de primera categoría.

—El cultivo del campo debe ser una cosa preciosa.

—No se lo puede usted imaginar bien, señor Lamson.

—¿Quiere que le eche una mano, Voss?

—Oh, no, de ninguna manera, señor Lamson. No es necesario

que se moleste. Yo me las arreglaré bien solo.

Demonios, se dijo Voss para sus adentros. Nadie había podido engañar a Red Lamson, pero él lo estaba consiguiendo. Bueno, ahora el joven se marcharía y él continuaría su trabajo, un trabajo por el que se iba a hacer rico.

—Insisto en ayudarle —oyó que le decía el joven y vio cómo se acercaba.

Instintivamente, Voss soltó una maldición entre los dientes, pero ahora se dijo que si daba la conformidad a que Lamson colaborase, el muchacho no tendría más remedio que guardar el revólver, y entonces él, al menor descuido, le levantaría la tapa de los sesos.

—De acuerdo, señor Lamson.

Red hizo girar el revólver en su dedo índice y lo devolvió a la funda.

—Vamos allá, señor Voss.

Se agachó sobre el saco mientras Voss continuaba en pie y de pronto el forajido, pensando que había llegado su momento, tiró del revólver.

Pero entonces se encontró con la sorpresa de que Red, haciendo un movimiento rapidísimo con la mano, volvía a tener en ella el arma.

—¿Qué le pasa, señor Voss?

El pistolero tenía el revólver a medio sacar y carraspeó.

—He creído haber oído un ruido extraño procedente de aquella parte —señaló hacia las espaldas, de Lamson con la esperanza de que éste se volviese, pero eso no llegó a ocurrir.

El joven había introducido la mano libre en el saco tocando lo que había dentro.

—Caramba, señor Voss. Tiene usted una cal un poco extraña en sus tierras.

—¿Cómo dice?

—Esto no es cal, sino cianuro.

—Diablos, con razón se me morían las gallinas…

—¿Se da cuenta de que iba a envenenar las aguas?

—Ya le he dicho que yo creí que era cal.

—Esto me recuerda otra cosa, un suceso que ocurrió en este mismo río hace quince años. Un sujeto envenenó las aguas con cianuro.

—Sí, me lo han contado. Yo no estaba en aquel entonces por aquí.

Red se enderezó.

—Bueno, Voss. ¿Termina de sacar el revólver y lo despacho aquí mismo o prefiere que lo lleve a la ciudad para que lo cuelguen?

—¿De qué habla, señor Lamson?

—Le falta saber algo. Lo he seguido desde el almacén de Mac Comby y antes lo vi salir de la casa del juez.

Voss sintió que el cuerpo le transpiraba por todos los poros, y cosa rara, aquel sudor se congelaba enseguida.

—Oiga, Lamson, no sé de qué me está hablando.

—Usted es un sicario del juez Bendix. Él lo envió aquí para repetir su suerte, otro envenenamiento de aguas.

—No conozco al juez.

—Fuera máscaras, Voss. Termine de sacar el revólver. Usted ha elegido. Me lo cargaré aquí mismo.

—No, Lamson.

—Contaré hasta tres y si para entonces no ha sacado el «Colt», le meteré una bala en las tripas.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Usted es un miserable canalla que vino aquí a descargar un cianuro sin importarle la gente que pudiese morir. Esta agua es la que bebe la población de Firts City. No se ha detenido siquiera a pensar en las mujeres y los niños. De modo que me lo voy a cargar con la misma sangre fría que si tirase contra una serpiente de cascabel…

Voss se desplomó de rodillas con los brazos en cruz, gritando:

—¡No dispare, señor Lamson! ¡Por lo que más quiera, no me mate!

CAPÍTULO XV

El juez Bendix estaba sentado en su sillón fumando un largo veguero. Bien; las cosas se habían complicado últimamente desde que Red Lamson y Henry Power aparecieron en la comarca, pero todo se iba a normalizar. El era ahora el propietario de aquella cueva de cuarzo aurífero y, naturalmente, seguiría vendiendo el mineral a la sociedad de Houston que se encargaba de tratarlo para recuperar el oro. Según sus cálculos, podría seguir explotando la cueva durante tres o cuatro años, al final de los cuales, él habría amasado una fortuna de unos ciento cincuenta mil dólares. Entonces presentaría su renuncia al cargo de juez y se largaría a California, que al decir de la gente se había convertido en un paraíso. No tendría que preocuparse por el futuro, ya que se las arreglaría para invertir bien su capital.

Abrió el cajón de la derecha y observó el revólver. Ya lo tenía preparado. Mataría con él a Voss y, naturalmente, luego se pondría a dar gritos y contaría la bonita historia de que al entrar en el despacho se había encontrado con un ladrón. Nadie en la ciudad conocía a Voss y el cuento sería tragado por todos.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Louis Voss entró en la estancia y se detuvo sonriendo.

—¿Cómo ha ido todo, Louis? —preguntó el juez arrellanado en el sillón, jugueteando con la mano sobre el canto de la mesa.

—Todo listo, jefe. A estas horas el río de First City va cargado de cianuro.

El juez se echó a reír.

—Soy un tipo que piensa en todo, ¿eh, Voss?

—Sí, señor juez. No hay nadie como usted.

—Si la gente supiese que yo fui el envenenador hace quince años y lo he sido de nuevo ahora, se caerían de espaldas.

—Siempre me dije que usted llegaría lejos.

—Es una casualidad, Voss. Yo también he pensado lo mismo de ti, que llegarías muy lejos.

—Bueno ahora he de emprender el viaje. Adiós, señor juez.

Voss se fue a retirar y el juez preguntó extrañado:

—Eh, Louis, ¿no te olvidas de algo?

—¿De qué, señor juez?

—Tenías que cobrar.

—Oh, sí —Louis se mojó los labios con la lengua—. Pero he pensado que con los quince mil dólares primeros ya tenía bastante.

El juez se quitó el cigarro de la boca. Allí pasaba algo anormal. ¿Por qué su cómplice renunciaba a los quince mil dólares que le faltaban cobrar? El no pensaba darle sino plomo, pero aquello era muy sospechoso.

—¿Qué te pasa, Voss?

—¿A mí…? Nada.

—Te veo un poco extraño.

La mano del juez se introdujo rápidamente en el cajón y la alzó esgrimiendo el «Colt» calibre 45 que allí guardaba.

Voss abrió unos ojos como platos.

—¿Qué va a hacer, señor juez?

—¿Me vas a decir ahora mismo qué es lo que ocurre?

Instintivamente, Voss miró hacia la puerta por donde había entrado.

—No sé nada… Se lo juro, señor Bendix… Usted no puede apretar el gatillo. No tiene ningún derecho. Yo siempre le he servido… Le he transportado el mineral durante muchos años desde el río hasta Houston… He sido un buen colaborador suyo.

—Maldito seas, Voss. Estás lleno de pánico. ¿Qué es lo que hiciste cuando te marchaste de aquí?

—Fui al almacén de Mac Comby a recoger los sacos y luego los llevé al río.

—No te creo una palabra.

De pronto la puerta se abrió de golpe y Red Lamson irrumpió en la estancia revólver en mano.

—Tire esa arma, juez.

Bendix agrandó los ojos.

—¡Usted…! —exclamó, apretando con más fuerza la culata del revólver.

—Está listo, Bendix. Voss cantó. Y por si necesitábamos algo más, usted dijo el resto hace un momento al confesarse autor del primer envenenamiento, aquél por el que colgaron al padre de Henry.

El joven tenía los ojos fijos en los de Bendix y ahora comprendió que el juez iba a disparar. Por ello él apretó el gatillo antes.

Bendix hizo un brusco movimiento y la bala que iba destinada a su mano armada se le hundió en el pecho.

En el momento de recibir el impacto apretó el gatillo y la bala salió desviada golpeando contra el brazo de Voss, el cual giró como una peonza y se desplomó lanzando un grito de dolor.

Lamson no necesitó hacer fuego otra vez porque el juez abrió la mano dejando caer el revólver.

Por detrás de Red aparecieron el *sheriff* Cook y Henry Power.

Bendix se arrugó en el sillón y luego giró lentamente la cabeza para observar a sus visitantes.

El *sheriff* se detuvo con la cara muy seria.

—No lo habría creído de usted nunca, juez. Se convirtió en un asesino por dinero.

Bendix respiró entrecortadamente.

—¡Maldita pandilla de palurdos…! ¿Creíais que iba a estar aquí, en este poblacho del infierno, conformándome con mi suerte?

Ahora entró también en el despacho Prevost, el ayudante del *sheriff*.

Red Lamson metió el revólver en la funda y se acercó a la mesa del juez. Cogió un sobre que había encima y extrajo su contenido. Era la escritura de venta que el propio Bendix había logrado por la fuerza.

Red acercó el papel al quinqué, prendiéndolo en la llama.

El juez Bendix vio cómo poco a poco el documento ardía, y de pronto se echó a reír.

—Usted, Lamson… Usted ha sido el hombre con el que no he podido… Le voy a prometer una cosa… Cuando me vayan ahorcar, le dedicaré un buen recuerdo…

Para que le sirva de adelanto, le diré cuál va a ser mi

despedida… ¡Maldito un millón de veces!

Red dejó caer el último trozo del documento, el cual se convirtió en pavesas antes de llegar al suelo.

Luego hizo una señal con la cabeza a Henry.

—Vamos, muchacho. Esto se acabó.

Miriam Berret se estaba peinando ante el tocador cuando la puerta se abrió de golpe.

Lanzó un gritito sobresaltada y vio a Red Lamson venir hacia ella, andando muy rápido.

—¡No tiene derecho a entrar en mi dormitorio sin llamar!

—Vamos, nena, nos están esperando.

—¿Nos están esperando…? ¿Quiénes?

—El padrino, los testigos.

—¿De qué están hablando?

—De la boda que se va a celebrar.

—¿Una boda?

Fue a alcanzarla, pero ella retrocedió rápidamente.

—¿A qué boda se refiere?

—A la nuestra, naturalmente.

—¡Es usted el hombre más atrevido que he conocido!

Red siguió acercándose a ella.

—Dijiste que tenías dudas acerca de quién era yo. Ahora ya lo sabes.

—Sí, sé que es un pistolero.

—Pero mi condición es buena. Siempre he puesto mi revólver al servicio de una causa justa, ¿lo vas entendiendo?

Ella se mordió el labio inferior.

—No sé si te quiero…

—Ésa sí que es buena. Tú nunca estás segura de nada.

—¡Si apenas nos hemos visto media docena de veces…!

—A mí me bastó con la primera, pero de todas formas podemos hacer una prueba.

—¿Qué prueba?

—Ésta.

Y así diciendo, él le pasó el brazo por la cintura y la atrajo brutalmente besándola en la boca.

Permanecieron un rato unidos, besándose, y cuando se separaron, ella dijo:

—Démonos prisa.

—¿Para, qué?

—¿Para qué va a ser, grandísimo bribón? ¡Esos padrinos, esos testigos…! ¡La boda!

Y entonces Red Lamson se echó a reír y la joven, apretando los labios con fuerza, le dio un tirón de la mano y se puso a arrastrarlo hacia la puerta.

FIN